

sublime, que he deseado poner también de relieve en mi reciente Encíclica, publicada en vistas al Año Mariano, al que nos estamos preparando.

En María, que es la Virgen Inmaculada, descubrimos también el misterio de esa fecundidad sobrenatural por obra del Espíritu Santo, por el que Ella es "figura" de la Iglesia. En efecto, la Iglesia "se hace" también madre mediante la Palabra de Dios aceptada con fidelidad, pues por la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios" (Const. dogm. *Lumen gentium*, 64), según el testimonio del Apóstol Pablo: "Hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto" (Gál 4, 19); y llega a serlo sufriendo como una madre, que "cuando pare, siente tristeza porque llega su hora; pero cuando ha dado a luz un hijo no se acuerda de la tribulación, por el gozo que tiene de haber venido al mundo un hombre" (Jn 16, 21).

¿Tal vez este testimonio no toca

también la esencia de nuestra especial vocación en la Iglesia? Sin embargo —digámoslo al concluir—, para que podamos hacer nuestro el testimonio del Apóstol, tenemos que mirar constantemente al Cenáculo y a Getsemaní, y volver a encontrar el centro mismo de nuestro sacerdocio en la oración y mediante la oración.

Cuando, con Cristo, clamamos "Abbá, Padre", entonces "el Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios" (Rom 8, 15-16). "Y asimismo, también el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene; mas el mismo Espíritu aboga por nosotros con gemidos inenarrables, y el que escudriña los corazones conoce cuál es el deseo del Espíritu" (Rom 8, 26-27).

Recibid, queridos hermanos, el saludo pascual y el beso de la paz en Jesucristo nuestro Señor.

Vaticano, 13 de abril de 1987.

CARTA A LOS PASTORES DE LA IGLESIA

SINODO DE LOS OBISPOS SOBRE LA VOCACION Y MISION DE LOS LAICOS EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO, VEINTE AÑOS DESPUES DEL CONCILIO VATICANO II

Venerado y querido hermano en el Episcopado:

Una vez más, el Sínodo de los Obispos convoca a Roma a representantes del Episcopado mundial, para participar, de esta forma, en la solicitud por la Iglesia universal (cf. *Lumen gentium*, 23; *Christus Dominus*, 5). Se repite así una experiencia de comunión felizmente arraigada en la vida eclesial de los años postconciliares, y que se ha revelado de innegable eficacia en relación con la vitalidad pastoral requerida por los problemas que interpelan a la Iglesia y, en primer lugar, a cuantos estamos investidos de responsabilidades magisteriales y de guía.

La próxima Asamblea General del Sínodo, que se desarrollará del 1 al 30 de octubre, tiene, además, una incidencia peculiar por razón del tema elegido, que, como bien conoce, trata sobre la "Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, veinte años después del Concilio Vaticano II. Afecta, de hecho, al sector más amplio del Pueblo de Dios, nuestros hermanos y hermanas del laicado, que, en virtud del bautismo constituyen, junto con nosotros, la única gran familia de la Iglesia. Sabemos que en ella hay "diversidad de ministerios, pero unidad de misión". Y, en tal variedad y unidad, los laicos, fortalecidos por los dones del Espíritu Santo, "ejercen el apostolado trabajando para la evangelización y santificación de los hombres y animando y perfeccionando con el espíritu evangélico el orden de las cosas temporales" (*Apostolicam actuositatem*, 2).

Pero la participación de los laicos en la misión de la Iglesia nos afecta de cerca, y en algunos aspectos de manera primaria, también a nosotros, que hemos sido constituidos en la función de Pastores y, por tanto, tenemos el deber de reconocer y promover concretamente su dignidad y responsabilidad, ayudándoles en el desempeño de las tareas que les son propias en la Iglesia y en las realidades terrestres (cf. *Lumen gentium*, 37). Es el Vaticano II el que nos invita a nosotros, los Pastores, a examinar "si los espíritus provienen de Dios"; más aún, nos recuerda el deber de "descubrir con sentido de fe los multiformes carismas de los laicos, tanto los humildes como los más altos" y de "reconocerlos con gozo y fomentarlos con diligencia" (*Presbyterorum ordinis*, 9).

Así, pues, la alusión al Concilio Vaticano II no es casual o rutinaria, ni tampoco representa una simple referencia histórica. En el Concilio —como he subrayado otras veces— hemos contraído una deuda con el Espíritu Santo, una deuda que estamos

saldando con el esfuerzo constante por comprender y realizar todo lo que el Espíritu ha sugerido a la Iglesia. Los Sínodos episcopales son, en cierto modo, instrumentos privilegiados para ello. En su ámbito el Espíritu habla todavía, respondiendo a las cuestiones que plantea la conciencia eclesial.

También el próximo Sínodo sobre los laicos aspira a confirmar la vocación de la Iglesia, a corroborarla, a darle impulsos y motivos nuevos, para que pueda responder a las exigencias pastorales con plena fidelidad al Espíritu que la guía.

El empeño activo con que se seguirá la celebración del Sínodo y el trabajo colegial que se desarrollará en el aula, arrancan de la fase previa en la que ahora nos encontramos. Esta se presenta como *tiempo de consulta*, que requiere oración, reflexión, intercambio, meditación.

Las Iglesias particulares han enviado ya a la Secretaría del Sínodo los frutos de esa actividad preparatoria, los cuales han servido para elaborar el último documento de estudio sobre el tema del Sínodo. Se trata del "Instrumentum laboris", que con la presente carta, querido hermano, le envío a usted y a todos los obispos. Se encuentra en él la síntesis de las respuestas a los "lineamenta" que han llegado dentro del plazo previsto. Por su naturaleza, es un instrumento de trabajo, que no puede considerarse como un tratado exhaustivo o académico sobre la materia elegida. Es un texto que recoge orgánicamente la abundancia de las aportaciones provenientes de los distintos ambientes de la Iglesia universal.

Servirá a los padres sinodales —a los que por estatuto está destinado—, en vísperas del Sínodo y durante la Asamblea, para ayudarles en sus reflexiones y proporcionarles un recurso que responda a las necesidades más patentes de la Iglesia universal.

Todo esto nos lleva a la conclusión de que el "Instrumentum laboris" es también un signo y factor de comunión. Expresa la voz de la Iglesia y, contemporáneamente, favorece una confrontación que enriquece dicha voz en la común edificación de la caridad, de la reflexión, de la oración. Precisamente con este dinamismo de comunión está entretejida la estructura íntima del Sínodo.

Según este carácter de la realidad sinodal, dispongo que el "Instrumentum laboris" se haga público, de manera que tenga una amplia difusión en todos los sectores de la vida eclesial.

Con profunda alegría le entrego este texto, que expresa la comunión de la Iglesia en la fase preparatoria del Sínodo, mientras todos, pastores, ministros, religiosos, laicos, a nivel diocesano y parroquial, en los Movimientos y en las Asociaciones, en los Consejos pastorales y en cualquier otro "espacio", se encuentran unidos meditando las mismas palabras y orando por la misma intención. Esta es, por otra parte, la finalidad de la publicación del documento: favorecer una ulterior aportación de reflexión, de atención y de estudio y, sobre todo, de apoyo, mediante la oración y el anuncio. Pastores y responsables de la catequesis tienen a su disposición el instrumento indispensable de la palabra para formar las conciencias en la preparación del Sínodo. El Obispo de Roma considera oportuna la ocasión del "Angelus" dominical para instruir, exhortar, llamar a la meditación y al compromiso bajo la protección de María.

La celebración sinodal coincidirá con el mes de octubre, mes del Rosario, en pleno Año Mariano, que comenzará en Pentecostés. Es un tiempo precioso para implo- rar la gracia de la imitación de María que —peregrina en la fe, conservando la Palabra de Dios en su corazón— se encuentra en el centro de la Iglesia en camino: en el "camino común" del Sínodo.

Reunidos en la Asamblea sinodal, los padres dedicarán sus trabajos a la vocación y misión de los laicos, entre los cuales los jóvenes ocupan un puesto singular por las energías que brotan de la esperanza que hay en ellos, como ha recordado a toda la comunidad eclesial la reciente Jornada de la Juventud, que este año he celebrado en Buenos Aires.

Al concluir esta carta, renuevo la exhortación a la plegaria. Soliciten los Pastores la oración, especialmente de las órdenes contemplativas, de los enfermos, de los minusválidos, de los niños, para que no le falte a la Iglesia la gracia de la docilidad y fidelidad al Espíritu Santo de Dios. Interceda María, Madre de la Iglesia. Intercedan los Apóstoles y, en particular, Pedro, desde cuya sede me es grato, invocando gracia y paz, impartir a usted, querido hermano, y a la porción de la Iglesia confiada a sus cuidados, la bendición apostólica.

Vaticano, 22 de abril de 1987

Joannes Paulus PP II

CARTA APOSTOLICA "SPIRITUS DOMINI"

CON MOTIVO DEL II CENTENARIO DE LA MUERTE DE SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO

Al querido hijo

Juan M. Lasso de la Vega,
Superior general de la Congregación
del Santísimo Redentor

"El Espíritu del Señor está sobre mí; por eso me ha consagrado con la unción, me ha mandado a anunciar a los pobres la alegre noticia, y a curar al que tiene el corazón herido" (Lc 4, 18; cf. Is 61, 1). El texto bíblico que Jesús, el Enviado del Padre, se aplicó a sí mismo al comienzo de su misión mesiánica y que abre la liturgia de la fiesta de San Alfonso María de Liguori (cf. la antífona de la Misa propia), resuena de modo particularmente solemne en el día en que celebramos el II centenario del nacimiento para el cielo de este celosísimo obispo, doctor y fundador de la congregación del Santísimo Redentor.

Siento verdadero gozo al dirigirme a ti y a todos los hijos de San Alfonso, participando con toda la Iglesia en el recuerdo todavía actual de un santo que fue maestro de sabiduría de su tiempo y que, con el ejemplo de su vida y con sus enseñanzas, continúa iluminando, mediante luz reflejada de Cristo, luz de las gentes, el camino del Pueblo de Dios.

Alfonso nació en Marianella de Nápoles el 27 de septiembre de 1696. Como heredero de una familia noble, tuvo una formación completa y cuidada lo mismo en el campo humanístico que en el jurídico. Formación que en

su adolescencia y juventud estuvo acompañada de una práctica cristiana vigilante y fervorosa: profunda piedad eucarística y mariana, visita a los enfermos y a los encarcelados, ternura hacia el pobre, fuerte compromiso en el apostolado de los laicos. Tras una brillante carrera en el foro de Nápoles, abandona el mundo para consagrarse sólo a Dios. Y a los 30 años, el 21 de diciembre de 1726, es ordenado sacerdote del clero de Nápoles. Se prodiga enseguida mediante un intenso apostolado en los barrios pobres de la ciudad, entre otras cosas dando vigor a las "capillas vespertinas" que llegan a ser una escuela de reeducación cívica y moral. Al ministerio en la ciudad une el de la predicación en las zonas periféricas del reino, como miembro de las "Misiones Apostólicas" de la diócesis de Nápoles. Esta experiencia, que le pone en contacto con un mundo distinto, culturalmente desatendido y espiritualmente necesitado, hace madurar en él la elección definitiva: "por las almas más abandonadas del campo y de las aldeas rurales". Y para la evangelización de los pobres funda en Scala (Salerno), el 9 de noviembre de 1732 un instituto misionero: la Congregación del Santísimo Redentor. Instituto caracterizado sobre todo por la predicación itineran-

te de las misiones al pueblo, los ejercicios espirituales y la actividad catequística. Durante 30 años (1732-1762) el apostolado misionero lleva a Alfonso en las más variadas direcciones, mientras se hace más profunda en él la elección de los pobres y de los humildes.

En 1762, a los 66 años, es nombrado obispo de Santa Agueda de los Godos y desarrolla en su tarea pastoral una actividad que parece increíble, en la doble vertiente del ministerio directo y del apostolado de la pluma.

Quebrantado por una dolorosa artritis deformante, en 1779 deja la diócesis y se retira a Pagani (Salerno), a la casa de su instituto, donde después de muchos sufrimientos físicos y espirituales, soportados con plena adhesión a la voluntad de Dios, permanece hasta la muerte, acaecida el 1 de agosto de 1787, a la edad de 91 años.

Esta vida larguísima estuvo llena de un trabajo incesante: trabajo de misionero, de obispo, de teólogo y de escritor espiritual, de fundador y superior de una congregación religiosa.

Después de esta breve descripción cronológica de su vida, parece oportuno ilustrar la importancia que San Alfonso tuvo en la sociedad de su tiempo.

Para ir al encuentro de las necesidades del Pueblo de Dios, pronto añadió al apostolado de la palabra y de la acción pastoral el de la pluma. Se trata de dos aspectos inseparables de su vida y de su actividad que se completan mutuamente, imprimiendo a la producción literaria del Santo un carácter pastoral característico. En efecto, el empeño del escritor proviene de la predicación y a ella retorna en la persistente tensión por la salvación de las almas. Iniciada con las *Máximas eternas* y las *Canciones espirituales*, su actividad literaria registró un crescendo extraordinario que llega a su cima en los años del episcopado. La amplia producción comprende 111 títulos y abra-

za tres grandes campos: la moral, la fe y la vida espiritual.

Alfonso fue el renovador de la moral; con el contacto de la gente en el confesionario, especialmente en el decurso de la predicación misionera, gradualmente y con mucho trabajo sometió a revisión su mentalidad, llegando progresivamente al justo equilibrio entre la severidad y la libertad. A propósito del rigor excesivo, a veces ejercido en el sacramento de la Penitencia, que él llamaba "ministerio de gracia y de perdón", solía repetir: "Así como la laxitud, en el ministerio de las confesiones, arruina las almas, también les es dañosa la rigidez. Yo repruebo ciertos rigores, no conformes a la ciencia, y que sirven para destrucción y no para edificación. Con los pecadores se necesita caridad y dulzura; éste fue el carácter de Jesucristo. Y nosotros, si queremos llevar almas a Dios y salvarlas, debemos imitar no a Jansenio sino a Jesucristo, que es el Jefe de todos los misioneros" (1).

Y en su mayor obra de moral escrita, entre otras cosas, estas memorables palabras: "Siendo cierto, o de considerarse como tal... que no hay que imponer nada a los hombres bajo culpa grave, a no ser que la razón induzca a ello con evidencias (...). Atendiendo a la fragilidad de la presente condición humana, no siempre es verdad que la cosa más segura sea dirigir las almas por la vía estrecha, mientras vemos que la Iglesia ha condenado tanto el laxismo como el rigorismo" (2).

No hay duda de que la *Praxis con-*

NOTAS

1) A. M. Tannoia, *Della vita ed Istituto del venerabili Servo di Dio Alfonso Maria Liguori, vescovo di S. Agata de' Goti e fondatore della Congregazione de' Preti Missionari del SS. Redentore*, III, Nápoles 1800, pág. 88; cf. *ib.*, págs. 151, 191-192.

fessarii, el *Homo apostolicus* y la obra principal, *Theologia Moralis* han hecho de él el maestro de la moral católica.

En el campo de la controversia teológica militó contra movimientos entonces emergentes: el iluminismo, que minaba los fundamentos de la fe cristiana; el jansenismo, patrocinador de una doctrina sobre la gracia que, en vez de alimentar la confianza y animar a la esperanza, llevaba a la desesperación o, por contraste, al abandono; el febronianismo que, fruto del jansenismo político y el juridiccionismo, limitaba la autoridad del Romano Pontífice en favor de los príncipes y de las Iglesias nacionales. En el sector estrictamente dogmático, se debe decir que Alfonso elaboró una doctrina sobre la gracia, basada en la oración que devuelve a las almas la tranquilidad de la confianza y el optimismo de la salvación. Escribió entre otras cosas: "Dios no niega a nadie la gracia de la oración, con la cual se obtiene la ayuda para vencer toda concupiscencia y toda tentación. Y digo, y repito y repetiré siempre mientras tenga vida, que toda nuestra salvación está en la oración". De donde el famoso axioma: "El que reza se salva, el que no reza se condena" (3).

La estructura de la espiritualidad alfonsiana podría reducirse a estos dos elementos: la oración y la gracia. Para San Alfonso, la oración no es un ejercicio primariamente ascético; es una exigencia radical de la naturaleza correlativa a la dinámica misma de la salvación. Y es evidente que este planteamiento hace comprender la importancia que la plegaria asume en la práctica de la vida cristiana como "el gran medio de la salvación". Al igual que la obra moral y dogmática, también la producción espiritual de San Alfonso, y en medida mayor, nace del apostolado y lo integra.

Sus obras espirituales son conocidas de todos. Recordamos las más impor-

tantes en orden cronológico: *Las glorias de María*, la *Preparación para la muerte*, *El gran medio de la oración*, la *Verdadera esposa de Jesucristo*, las *Visitas al Santísimo Sacramento* y a *María Santísima*, el *Modo de conversar continua y familiarmente con Dios* y, sobre todo, la *Práctica del amor a Jesucristo*, su libro ascético principal y resumen de todo su pensamiento.

Si además se nos pregunta cuál es la característica de su espiritualidad, ésta se puede sintetizar así: es una *espiritualidad popular*. En resumen: Todos están llamados a la santidad, cada uno en su propio estado. La santidad y la perfección consisten esencialmente en el amor de Dios, que encuentra su culmen y su perfección en la uniformidad con la voluntad de Dios. No de un Dios abstracto, sino de un Dios Padre de los hombres: el Dios de la "salvación", que se manifiesta en Jesucristo. La dimensión cristológica es una nota esencial de la espiritualidad alfonsiana, siendo la Encarnación, la Pasión y la Eucaristía los signos máximos del amor divino. Muy atinadamente, pues, la segunda lectura de la liturgia de las Horas está tomada del capítulo primero de su obra: *Práctica del amor a Jesucristo* (4).

2) S. Alphonsus M. De Ligorio, *Theologia moralis*, I, L. Gaudé, II, Roma 1907, pág. 53. Es necesario, por lo demás, tener presente lo que el Santo Doctor añade inmediatamente después: "Como advertí cuidadosamente a San Antonio allí donde, discutiendo sobre cuándo una acción puede ser condenada como mortal o no, escribí así: sí, en el caso que no se tenga la autoridad explícita de la Sagrada Escritura, o de un canon, o de una decisión de la Iglesia, o no exista una razón evidente, aquella no podrá ser calificada como tal, sino con mucho riesgo".

3) S. Alfonso M. de Liguori, *Del gran mezzo della preghiera e opuscoli affini* (Opere ascetiche, II), Roma 1962, pág. 171.

4) S. Alfonso M. de Liguori, *Pratica di amar Gesù Cristo e opuscoli sull'amore divino* (Opere ascetiche, I), Roma 1933, págs. 1-4.

Alfonso atribuye una importancia capital a la vida sacramental, especialmente a la Eucaristía y al culto eucarístico, del que las visitas constituyen la expresión más típica. Un punto enteramente particular en la economía de la salvación es la devoción a la Virgen, Mediadora de las gracias y Corredentora, y por ello Madre, Abogada y Reina. En realidad Alfonso fue siempre todo de María, desde el comienzo de su vida hasta su muerte.

La fama de Alfonso, muy notable en vida, creció de modo extraordinario después de su muerte, permaneciendo inalterada en estos dos siglos. He aquí el motivo por el que, después de su canonización, decretada por mi predecesor el Papa Gregorio XVI el 26 de mayo de 1839, comenzaron a llegar a la Santa Sede cartas pidiendo que le fuese conferido al Santo el título de Doctor de la Iglesia. Dicho título se lo confirió el Papa Pío IX el 23 de marzo de 1871. Y el mismo Papa, el 7 de julio de 1871, en la Carta Apostólica *Qui Ecclesiae suae*, comentando el título de Doctor de la Iglesia dado al Santo, escribía: Realmente se puede afirmar con toda verdad que no ha habido ningún error, aun en nuestro tiempo, que Alfonso, al menos en gran parte no haya refutado (5).

Los Papas sucesivos han reconocido siempre esta fama, la han recordado y la han divulgado hasta nuestros días.

El Papa Pío XII de feliz memoria, que el 26 de abril de 1950 confirió a San Alfonso el nuevo título "de celeste Patrono de todos los confesores y moralistas" (6), en fecha 7 de abril de 1953 llegó a afirmar: "El Santo del cielo misionero, de la caridad pastoral, de la encendida piedad eucarística, de la tierna devoción a la Virgen, en sus escritos ha difundido tesoros de vida espiritual, y las luces de su mente y los impulsos de su corazón, nutridos unos y otros en la celeste sabiduría, son pa-

ra las almas substancia de vida y de piedad, asimilable por todos, y para todos suave invitación al recogimiento del espíritu, fácil impulso a la elevación del corazón a Dios" (7).

Merece también ser recordada la siguiente exclamación del Papa Juan XXIII de feliz memoria: "¡Oh San Alfonso, San Alfonso! ¡Qué gran gloria y qué objeto de estudio para el clero italiano! Desde los primeros años de nuestra formación eclesiástica nos son familiares su vida y sus obras" (8). Del testimonio de la historia de la Iglesia y de la piedad popular resulta que el mensaje de San Alfonso es todavía actual. Y la Iglesia te lo vuelve a proponer hoy a ti, a tus dilectos hijos que son los miembros de su congregación y a todos los cristianos.

Deseo atraer vuestra atención hacia algunos aspectos que hoy aparecen más elocuentes.

San Alfonso fue gran amigo del pueblo, del pueblo bajo, del pueblo de los barrios pobres de la capital del reino de Nápoles, el pueblo de los humildes, de los artesanos y, sobre todo, la gente del campo. Este sentido del pueblo caracteriza toda la vida del Santo, como misionero, como fundador, como obispo, como escritor. En función del pueblo repensará la predicación, la catequesis, la enseñanza de la moral y de la misma vida espiritual.

Como misionero anduvo a la búsqueda de las "almas más abandonadas del campo y de las aldeas rurales", diri-

5) Pii IX P. M. Acta, V (1869-1871), pág. 337.

6) Cf. Carta Apostólica *Consueverunt omni tempore*: AAS 42 (1950), págs. 595-597.

7) Pío XII, *Lettera Autografa* para la nueva edición de las obras de San Alfonso María de Ligorio *Spicilegium Historicum Congregationis SS. mi Redemptoris*, I (1953), fasc. 1-2, pág. 247.

8) A. G. Roncalli, *Il giornale dell'anima*, Roma 1964, pág. 462.

giéndose al pueblo con los medios pastorales más idóneos y eficaces. Renovó la predicación en el método y en el contenido, ligándola a un arte de oratorio sencillo y directa. Hablaba de esta forma, para que todos pudieran comprender.

Como fundador quiso un grupo que, como él, hiciese la opción radical por los más abandonados y se instalase permanentemente cercano a ellos. Como obispo, su casa estaba abierta a todos, pero los visitantes más deseados eran los humildes y sencillos. Para su pueblo promovió iniciativas sociales y económicas.

Como escritor miraba siempre y sólo a lo que resultaba útil para la gente. Sus obras, no excluida la de la moral, aparecían como solicitadas por el pueblo. Escribía (en 1972) el entonces patriarca de Venecia, cardenal Albino Luciani: "Alfonso es teólogo en función de problemas prácticos que resolver enseguida, como consecuencia de experiencias vividas. ¿Ve que en los corazones hay que reavivar la caridad? Escribe obras de ascética. ¿Hay que reforzar la fe y la esperanza del pueblo? escribe obras de teología dogmática y moral" (9).

La popularidad del Santo debe su fascinación a la disponibilidad, a la claridad, a la sencillez, al optimismo, a la afabilidad que llega a ser ternura. En la raíz de este su sentido del pueblo está el ansia de la salvación. Salvarse y salvar. Una salvación que va hasta la perfección, la santidad. El sistema de referencias de su acción pastoral no excluye a nadie: escribe a todos, escribe para todos. Impulsa a los Pastores del Pueblo de Dios: en particular, obispos, sacerdotes, religiosos, al don de sí mismos en bien del pueblo a ellos confiados de una u otra manera.

El mensaje de Alfonso, incluso cuando él lo renueva, y precisamente entonces, emerge de la conciencia plurisecun-

lar de la Iglesia. Tuvo, como pocos, el "sensus Ecclesiae": un criterio que le acompañó en la búsqueda teológica y en la praxis pastoral hasta llegar a ser, de algún modo, la voz de la Iglesia. Particularísima veneración tuvo el Santo hacia el Sumo Pontífice, cuyo Primado e infalibilidad defendió en tiempos difíciles y manifestó esta veneración incluso en el plano personal, por encima de todas las pruebas.

Si como Santo, obispo y doctor, San Alfonso pertenece a toda la Iglesia como fundador representa el punto de obligada referencia para su congregación.

A este respecto deseo subrayar en particular tres aspectos de su "lección" de vida: la cercanía al pueblo. Estando la Congregación del Santísimo Redentor difundida por todo el mundo, la búsqueda de las "almas más abandonadas", que fue la intuición del fundador, debe realizarse según las particulares exigencias de lugar y de tiempo, en una fidelidad radical. En esta búsqueda, la preferencia será para los más humildes y sencillos, que generalmente son también los más pobres.

Por ello, la congregación tanto ahora, como en los años futuros, debe empeñarse generosamente en proseguir la actuación de esta prioridad pastoral a todos los niveles. En efecto, me ha complacido saber que vuestro capítulo general de 1985 se ha comprometido laudablemente con la "Missio ad gentes", especialmente en Asia y en África. Compromiso que corresponde a las intenciones originarias de vuestro fundador.

Las misiones populares: Son una forma consolidada de la actividad pastoral de la congregación. Ellas han si-

9) A. Luciani, *S. Alfonso cent'anni fa era proclamato: Dottore della Chiesa*. Carta al presbiterio de Venecia para el Jueves Santo de 1972, Venecia 1972, pág. 41.

do siempre una expresión de vuestra cercanía al pueblo. Las misiones, en las que San Alfonso dejó una impronta indeleble y que varias veces yo mismo he recomendado en diversos documentos (10), deben lograr, a través de vosotros, un nuevo vigor para el bien de la Iglesia. En la predicación misionera, como en cualquier otra forma de vuestra actividad apostólica, tened muy presente esos contenidos que han constituido siempre la peculiaridad de los hijos de San Alfonso: los cuatro novísimos, que se han de anunciar con la sensibilidad pastoral de hoy; el amor misericordioso de Dios Padre, *Dives in misericordia*; la plena Redención, realizada en Cristo, *Redemptor hominis*; la intercesión materna de María, *Redemptoris Mater*, abogada y medianera; la necesidad de la oración para alcanzar el paraíso y evitar el infierno.

Por último, el estudio y la enseñanza de la doctrina moral: nadie ignora la gran importancia que tiene en nuestro tiempo la teología moral. Oportunamente el Concilio Vaticano II ha recomendado: "Téngase especial cuidado en perfeccionar la teología moral, cuya exposición científica, nutrida con mayor intensidad por la doctrina de la Sagrada Escritura, deberá mostrar la excelencia de la vocación de los fieles en Cristo y su obligación de producir frutos en la caridad para la vida del mundo" (11). En efecto, "el bien de la persona consiste en estar en la Verdad y en realizar la Verdad. La cultura contemporánea ha perdido en gran parte este vínculo esencial entre Verdad-Bien-Libertad y, por tanto, volver a conducir al hombre a redescubrirlo es hoy una de las exigencias propias de la misión de la Iglesia, por la salvación del mundo" (12). El bicentenario alfonsiano se presenta como ocasión propicia para dedicarse con renovado impulso a este empeño, tratando de dejarse guiar, aun en el cambiado con-

texto sociocultural, por el gran equilibrio humano y por el profundo sentido de fe que San Alfonso demostró constantemente en su actividad de estudioso y de Pastor. Por su parte, esta Sede Apostólica no dejará de aportar su propia contribución de iluminación tratando en su próximo documento, más amplia y profundamente, las cuestiones referentes a los fundamentos mismos de la teología moral.

Sin duda la vida moderna plantea nuevos problemas que a menudo no es fácil resolver. Sin embargo, deberá tenerse siempre presente, en la dirección de las almas y en el ministerio de la enseñanza, que el criterio irrenunciable al que hay que atenerse siempre sigue siendo la Palabra de Dios, tal como es auténticamente interpretada por el Magisterio de la Iglesia. Además, hay que dejarse guiar siempre por la benignidad pastoral, según la sabia advertencia del Papa Pablo VI: "No disminuir en nada la saludable doctrina de Cristo es eminente forma de caridad para con las almas. Pero ello debe acompañarse siempre con la paciencia y la bondad

10) Cf. Exhortación Apostólica *Catechesi tradendae* (16 de octubre 1979), n. 47: AAS 71 (1979), pág. 1315; Discurso al consejo general de los padres redentoristas (6 diciembre 1979), n. 2: *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 23 de diciembre de 1979, pág. 14; Discurso a los participantes en el I Congreso nacional italiano sobre las Misiones al pueblo (6 febrero 1981): *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 8 de marzo de 1981, pág. 2; Exhortación Apostólica *Reconciliatio et penitentiae* (2 diciembre 1984), n. 26: AAS 77 (1985), pág. 247.

11) Concilio Ecueménico Vaticano II, Decreto sobre la formación sacerdotal *Optatum totius*, 16.

12) Juan Pablo II, *Discurso a algunos profesores de teología moral*: AAS 78 (1986), pág. 1099. Permanece completamente actual al respecto todo lo que Pablo VI dijo al capítulo general de la Congregación de los redentoristas el 22 de septiembre de 1967: cf. AAS 59 (1967), págs. 960-963.

de las que el Redentor mismo ha dado ejemplo al tratar con los hombres" (13).

La Carta que te envió hoy, día del bicentenario de la muerte de San Alfonso, quiere expresar mis convicciones y mis sentimientos referentes a un Santo que ha sido maestro de sabiduría y padre en la fe.

Al dirigirme a los hijos de San Alfonso esparcidos por todo el mundo, a los que dignamente representas, quisiera recordar cuáles serían los deseos de tan gran Padre respecto a su herencia que es la congregación por él fundada. Son los deseos que San Alfonso, expresó en su vida, en su acción pastoral y en sus escritos: la fidelidad a Cristo y a su Evangelio, la fidelidad a la Iglesia y a su misión en el mundo, la fidelidad al hombre y a nuestro tiempo, la fidelidad al carisma de vuestro instituto.

Sed siempre en vuestra vida y en vuestra actividad, sin ceder jamás, los continuadores de la obra del Redentor, del que lleváis el título y el nombre, según el fin de vuestro instituto marcado por el Santo: "Seguir el ejemplo de Jesucristo, predicando la Palabra de Dios a los pobres, como El dijo de sí mismo: He sido enviado a evangelizar a los pobres" (14).

Vuestra congregación, en su largo camino de 255 años, ha producido santos que me gozo en recordar: el hermano coadjutor San Gerardo Maiella (1726-1755); San Clemente María Hofbauer (1751-1820), cuyo segundo centenario de llegada a tierras de Polonia se conmemora este año, y que tuvo ocasión de recordar, participando con una carta en las celebraciones de Varsovia (10-17 mayo de 1987) (15); San Juan Nepomuceno Neumann (1811-1860); y el Beato Pedro Donders (1809-1887), que yo mismo he elevado al honor de los altares.

El ejemplo de San Alfonso y de sus mejores hijos, reconocidos como Santos por la Iglesia, inspire a todos vosotros el anhelo por la perfección en la santidad.

Gozoso por haber participado con esta carta en las celebraciones de la Iglesia y de vuestro instituto, impartido de corazón a ti, a todos los hijos de San Alfonso, a las hermanas Redentoristas y a toda la familia alfonsiana una particular bendición apostólica, prenda de gracias celestes.

Vaticano, 1 de agosto de 1987, IX año de mi pontificado.

Joannes Paulus II

13) Pablo VI, Carta Encíclica *Humanae vitae*, 29: AAS 60, (1968), pág. 501.

14) *Constitutiones et statuta Congregationis SS. Redemptoris*, Roma, 1986, Const. I, pág. 21.

15) Carta al superior provincial de la provincia redentorista de Varsovia, 14 de mayo de 1987.

AL CARDENAL TOMKO,

ENVIADO ESPECIAL AL CONGRESO MISIONERO LATINOAMERICANO DE BOGOTÁ

El III Congreso Misionero Latinoamericano se ha celebrado en Bogotá del 5 al 7 de julio, bajo el lema: "América, llegó tu hora de ser evangelizadora". Este Congreso ha adquirido esta vez particular importancia en la perspectiva de la preparación del V centenario del comienzo de la evangelización en el continente latinoamericano, que tendrá lugar en 1992. Por eso, ha constituido un momento muy significativo para relanzar el plan que surgió ya en Puebla, que se ha ido perfilando en sucesivas reuniones del CELAM, y que el Santo Padre comenta en su mensaje: Una nueva evangelización que comporte una proyección de la Iglesia del continente latinoamericano más allá de sus fronteras, para convertirse en una Iglesia evangelizada que evangeliza a otros pueblos. Así, en las sesiones del Congreso, se ha hablado sobre la dimensión misionera connatural a la Iglesia y sobre la propia riqueza evangelizadora, tratando de delinear las coordenadas para una acción dinámica y efectiva. El día 6, los congresistas escucharon, grabado en video-cassette, el mensaje del Santo Padre, cuyo texto hemos dado en su original castellano, tal como lo pronunció Juan Pablo II. Ofrecemos a continuación, traducida del latín, la carta del Papa al cardenal José Tomko, Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, con la cual lo nombró Enviado Especial suyo al Congreso.

A nuestro venerable hermano cardenal de la Santa Iglesia Romana José Tomko, Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos.

Al regresar de nuestro viaje apostólico a Polonia, donde tanto hemos promovido la causa del Evangelio de Cristo y con tanta ilusión la hemos encomendado a los afanes de todos los sectores de la Iglesia católica, no podemos dejar de dirigir nuestra atención con los mismos sentimientos y con el mismo interés a América Latina, cuyas naciones hemos visitado, movidos por la solicitud pastoral de hacer que las fronteras de evangelización cristiana se alarguen hasta el último rincón de cada pueblo, por medio de la actividad misionera de la Iglesia, que han de realizar diligentemente nuestros hermanos en el Episcopado y sus válidos colaboradores, los presbíteros, así como los religiosos y los mismos fieles.

Así vemos con alegría que se presentará ahora una gran oportunidad de animación y de desarrollo misionero, ya que en Bogotá, Colombia, se va a celebrar del 5 al 8 de julio el III Congreso Misionero Latinoamericano, en vísperas ya de la conmemoración de los 500 años del comienzo de la implantación del cristianismo en América. De todos nuestros escritos y palabras, con los que amplía y constantemente hemos tratado este tema de tanta importancia y utilidad, cuando frecuentemente me he encontrado en sus tierras con la gran comunidad de América Latina, como cuando me he reunido aquí con sus sagrados Pastores que han venido en visita

"ad Limina Apostolorum", se deduce claramente lo mucho que nos interesa lo que se va a **tratar** y decidir en este Congreso, lo que acertada y convenientemente se proponga **para** los próximos años, y el afán con que se realizarán las propuestas del Congreso **que** impulsarán la actividad pastoral con notables frutos.

Así, pues, desde lejos, pero estando espiritualmente presentes allí entre las Iglesias católicas latinoamericanas, seguiremos con interés las deliberaciones diarias y los debates de los representantes, así como los propósitos y resoluciones que se tomen. Mientras tanto, como signo y testimonio de nuestra plena comunión o participación en cada fase del Congreso, con esta carta nuestra, gustosamente designamos a ti, venerable hermano —que desde hace ya dos años, con gran competencia, llevas de forma tan laudable los asuntos e iniciativas de nuestra Congregación para la Evangelización de los Pueblos—, *Enviado Especial* nuestro al mencionado III Congreso Misionero Latinoamericano, que del 5 al 8 de julio se celebrará en Bogotá, a donde te mandamos con toda nuestra confianza para que, en todas partes y en la forma que puedas, representes públicamente a nuestra persona y presidas en nombre nuestro.

Dado que conoces realmente todos los afanes y preocupaciones misioneras de nuestro pontificado, has de manifestar oportunamente nuestro pensamiento, hablando una vez más, a los participantes en el Congreso de la necesidad de evangelizar por toda América Latina, con las nuevas formas de evangelización inculcadas por el Concilio Vaticano II, en esta favorable ocasión de la cercanía del 500 aniversario de la implantación de la religión cristiana allí. Tratarás cordialmente con los dirigentes del Congreso, sobre todo con los hermanos obispos, y también con todos los participantes en este espléndido acontecimiento. Expondrás todo lo que expresamos con estas palabras y todos nuestros piadosos deseos, que pidiéndoselo al Señor, esperamos que se realizarán, de modo que el Congreso consiga efectos saludables y duraderos. Finalmente, impartirás a los presentes nuestras bendición apostólica con la que imploramos fuerzas para la debilidad humana, luces para todos y premio a la buena voluntad.

Ciudad del Vaticano, 16 de junio del año del Señor 1987, IX de nuestro pontificado.

Joannes Paulus II

CATEQUESIS

JESUS, CONCEBIDO POR OBRA DEL ESPIRITU SANTO Y NACIDO DE MARIA VIRGEN

1. En el encuentro anterior centramos nuestra reflexión en el nombre "Jesús", que significa "Salvador". Este mismo Jesús, que vivió treinta años en Nazaret, en Galilea, es el Hijo Eterno de Dios, "*concebido por obra del Espíritu Santo y nacido de María Virgen*". Lo proclaman los Símbolos de la Fe, el Símbolo de los Apóstoles y el niceno-constantinopolitano; lo han enseñado los Padres de la Iglesia y los Concilios, según los cuales, Jesucristo, Hijo eterno de Dios, es "ex substantia matris in saeculo natus" (cf. Símbolo *Quicumque*, DS 76). La Iglesia, pues, profesa y proclama que Jesucristo fue concebido y nació de una hija de Adán, descendiente de Abraham y de David, la Virgen María. El Evangelio según Lucas precisa que *María concibió al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo*, "sin conocer varón" (cf. Lc 1, 34 y Mt 1, 18. 24-25). María era, pues, *virgen* antes del nacimiento de Jesús y permaneció virgen en el momento del parto y después del parto. Es la verdad que presentan los textos del Nuevo Testamento y que expresaron tanto el V Concilio Ecuménico, celebrado en Constantinopla el año 553, que habla de María "*siempre Virgen*", como el Concilio Lateranense, el año 649, que enseña que "la Madre de Dios... María... concibió (a su Hijo) por obra del Espíritu Santo sin intervención de varón y que lo engendró incorruptiblemente, permaneciendo inviolada su virginidad también después del parto" (DS 503).

2. Esta fe está presente en la enseñanza de los Apóstoles. Leemos por ejemplo en la Carta de San Pablo a los Gálatas: "Al llegar la plenitud de los tiempos, *envió Dios a su Hijo, nacido de mujer*... para que recibiéramos la adopción (Gál 4, 4-5). Los acontecimientos unidos a la concepción y al nacimiento de Jesús están contenidos en los primeros capítulos de Mateo y de Lucas, llamados comúnmente "*el Evangelio de la infancia*", y es sobre todo a ellos a los que hay que hacer referencia."

3. Especialmente conocido es el texto de Lucas, porque se lee frecuentemente en la liturgia eucarística, y se utiliza en la oración del Angelus. El fragmento del Evangelio de Lucas describe la *anunciación a María*, que sucedió seis meses después del anuncio del nacimiento de Juan Bautista (cf. Lc 1, 5-25).

"... fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón de nombre José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María" (Lc 1, 26). El ángel la saludó con las palabras "Ave María", que se han hecho oración de la Iglesia (la "*salutatio angelica*"). El saludo provoca turbación en María: "Ella se turbó al oír estas palabras y discurría qué podría significar aquella salutación. El ángel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios, y *concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús*. El será grande y llamado Hijo del Altísimo. Dijo María al ángel: ¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón? El

ángel le contestó y dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por eso el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios" (Lc 1, 29-35). El ángel anunciador, presentando como un "signo" la inesperada maternidad de Isabel, pariente de María, que ha concebido un hijo en su vejez, añade: "Nada hay imposible para Dios". Entonces dijo María: "He aquí a la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 37-38).

4. Este texto del Evangelio de Lucas constituye la base de la enseñanza de la Iglesia sobre la maternidad y la virginidad de María, de la que nació Cristo, hecho hombre por obra del Espíritu. El primer momento del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios se identifica con la concepción prodigiosa sucedida por obra del Espíritu Santo en el instante en que María pronunció su "sí": "Hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38).

5. El Evangelio según Mateo completa la narración de Lucas describiendo algunas circunstancias que precedieron al nacimiento de Jesús. Leemos: "La concepción de Jesucristo fue así: Estando desposada María, su madre, con José, antes de que conviviesen, se halló haber concebido María del Espíritu Santo. José, su esposo, siendo justo, no quiso denunciarla y resolvió repudiarla en secreto. Mientras reflexionaba sobre esto, he aquí que se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt 1, 18-21).

6. Como se ve, ambos textos del "Evangelio de la infancia" concuerdan en la constatación fundamental: Jesús fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de María Virgen; y son entre sí complementarios en el esclarecimiento de las circunstancias de este acontecimiento extraordinario: Lucas respecto a María, Mateo respecto a José.

Para identificar la fuente de la que deriva el Evangelio de la infancia, hay que referirse a la frase de San Lucas: "María guardaba todo esto y lo meditaba en su corazón" (Lc 2, 19). Lucas la dice dos veces: después de marchar los pastores de Belén y después del encuentro de Jesús en el templo (cf. 2, 51). El Evangelista mismo nos ofrece los elementos para identificar en la Madre de Jesús una de las fuentes de información utilizadas por él para escribir el "Evangelio de la infancia". María, que "guardó todo esto en su corazón" (cf. Lc 2, 19), pudo dar testimonio, después de la muerte y resurrección de Cristo, de lo que se refería a la propia persona y a la función de Madre precisamente en el período apostólico, en el que nacieron los textos del Nuevo Testamento y tuvo origen la primera tradición cristiana.

7. El testimonio evangélico de la concepción virginal de Jesús por parte de María es de gran relevancia teológica. Pues constituye un signo especial del origen divino del Hijo de María. El que Jesús no tenga un padre terreno porque ha sido engendrado "sin intervención de varón", pone de relieve la verdad de que El es el Hijo de Dios, de modo que cuando asume la naturaleza humana, su Padre continúa siendo exclusivamente Dios.

8. La revelación de la intervención del Espíritu Santo en la concepción de Jesús, indica el comienzo en la historia del hombre de la nueva "generación espiritual"

que tiene un carácter estrictamente sobrenatural (cf. 1 Cor 15, 45-49). De este modo Dios Uno y Trino "se comunica" a la criatura mediante el Espíritu Santo. Es el misterio al que se pueden aplicar las palabras del Salmo: "Envía tu Espíritu, y serán creados, y renovarás la faz de la tierra" (Sal 103/104, 30). En la economía de esa comunicación de Sí mismo que Dios hace a la criatura, la concepción virginal de Jesús, que sucedió por obra del Espíritu Santo, es un acontecimiento central y culminante. El inicia la "nueva creación". Dios entra así en un modo decisivo en la historia para actuar el destino sobrenatural del hombre, o sea, la predestinación de todas las cosas en Cristo. Es la expresión definitiva del Amor salvífico de Dios al hombre, del que hemos hablado en las catequesis sobre la Providencia.

9. En la actuación del plan de la salvación hay siempre una participación de la criatura. Así en la concepción de Jesús por obra del Espíritu Santo María participa de forma decisiva. Iluminada interiormente por el mensaje del ángel sobre su vocación de Madre y sobre la conservación de su virginidad, María expresa su voluntad y consentimiento y acepta hacerse el humilde instrumento de la "virtud del Altísimo". La acción del Espíritu Santo hace que en María la maternidad y la virginidad estén presentes de un modo que, aunque inaccesible a la mente humana, entre de lleno en el ámbito de la predilección de la omnipotencia de Dios. En María se cumple la gran profecía de Isaías: "La virgen grávida da a luz" (7, 14; cf. Mt 1, 22-23); su virginidad, signo en el Antiguo Testamento de la pobreza y de disponibilidad total al plan de Dios, se convierte en el terreno de la acción excepcional de Dios, que escoge a María para ser Madre del Mesías.

10. La excepcionalidad de María se deduce también de las genealogías aducidas por Mateo y Lucas.

El Evangelio según Mateo comienza, conforme a la costumbre hebrea, con la genealogía de Jesús (Mt 1, 2-17) y hace un elenco, partiendo de Abraham, de las generaciones masculinas. A Mateo, de hecho, le importa poner de relieve, mediante la paternidad legal de José, la descendencia de Jesús de Abraham y David y, por consiguiente, la legitimidad de su calificación de Mesías. Sin embargo, al final de la serie de los ascendientes leemos: "Y Jacob engendró a José esposo de María, de la cual nació Jesús llamado Cristo" (Mt 1, 16). Poniendo el acento en la maternidad de María, el Evangelista implícitamente subraya la verdad del nacimiento virginal: Jesús, como hombre, no tiene padre terreno.

Según el Evangelio de Lucas, la genealogía de Jesús (Lc 3, 23-38) es ascendente: desde Jesús a través de sus antepasados se remonta hasta Abraham. El Evangelista ha querido mostrar la vinculación de Jesús con todo el género humano. María, como colaboradora de Dios en dar a su Eterno Hijo la naturaleza humana, ha sido el instrumento de la unión de Jesús con toda la humanidad.

CATEQUESIS

JESUCRISTO, CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECIAS SOBRE EL MESIAS

1. En las catequesis precedentes hemos intentado mostrar los aspectos más relevantes de la verdad sobre el Mesías tal como fue preanunciada en la Antigua Alianza y tal como fue heredada por la generación de los contemporáneos de Jesús de Nazaret, que entraron en la nueva etapa de la Revelación divina. De esta generación, los que siguieron a Jesús lo hicieron porque estaban convencidos de que en El se había cumplido la verdad sobre el Mesías: que *El es el Mesías, el Cristo*. Son muy significativas las palabras con que Andrés, el primero de los Apóstoles llamados por Jesús, anuncia a su hermano Simón: "Hemos encontrado al Mesías (que significa el Cristo)" (Jn 1, 41).

Sin embargo, hay que reconocer que constataciones tan explícitas como ésta son más bien raras en los Evangelios. Ello se debe también al hecho de que en la sociedad israelita de entonces se hallaba difundida una imagen de Mesías al que Jesús no quiso adaptar su figura y su obra, a pesar del asombro y la admiración suscitados por todo lo que "hizo y enseñó" (Act 1, 1).

2. Es más, sabemos incluso que el mismo Juan Bautista, que había señalado a Jesús junto al Jordán como "El que tenía que venir" (cf. Jn 1, 15, 30), pues, con espíritu profético, había visto en El al "Cordero de Dios" que venía para quitar los pecados del mundo: Juan, que había anunciado el "nuevo bautismo" que admi-

nistraría Jesús con la fuerza del Espíritu, cuando se hallaba ya en la cárcel, mandó a sus discípulos a preguntar a Jesús: "¿Eres Tú el que ha de venir o esperamos a otro?" (Mt 11, 3).

3. Jesús no deja sin respuesta a Juan y a sus mensajeros: "Id y comunicad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados" (Lc 7, 22). Con esta respuesta Jesús pretende confirmar su misión mesiánica y recurrir en concreto a las palabras de Isaías (cf. Is 35, 4-5; 6, 1). Y concluye: "Bienaventurado quien no se escandaliza de mí" (Lc 7, 23). Estas palabras finales resuenan como una llamada dirigida directamente a Juan, su heroico precursor, que tenía una idea distinta del Mesías.

Efectivamente, en su predicación, Juan había delineado la figura del Mesías como la de un juez severo. En este sentido había hablado "de la ira inminente", del "hacha puesta ya a la raíz del árbol" (cf. Lc 3, 7-9), para cortar todas las plantas "que no den buen fruto" (Lc 3, 9). Es cierto que Jesús no dudaría en tratar con firmeza e incluso con aspereza, cuando fuese necesario, la obstinación y la rebelión contra la Palabra de Dios; pero El iba a ser, sobre todo, el anunciador de la "buena nueva a los pobres" y con sus obras y prodigios revelar la voluntad salvífica de Dios. Padre misericordioso

4. La respuesta que Jesús da a Juan presenta también otro elemento que es interesante subrayar: Jesús evita proclamarse Mesías abiertamente. De hecho, en el contexto social de la época ese título resultaba muy ambiguo: la gente lo interpretaba por lo general en sentido político. Por ello Jesús prefiere referirse al testimonio ofrecido por sus obras, deseoso sobre todo de persuadir y de suscitar la fe.

5. Ahora bien, en los Evangelios no faltan casos especiales, como el diálogo con la samaritana, narrado en el Evangelio de Juan. A la mujer que le dice: "Yo sé que el Mesías, el que se llama Cristo, está para venir y que cuando venga nos hará saber todas las cosas", Jesús le responde: "Yo soy, el que habla contigo" (Jn 4, 25-26).

Según el contexto del diálogo, Jesús convenció a la samaritana, cuya disponibilidad para la escucha había intuido; de hecho, cuando esta mujer volvió a su ciudad, se apresuró a decir a la gente: "Venid a ver un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será el Mesías?" (Jn 4, 28-29). Animados por su palabra, muchos samaritanos salieron al encuentro de Jesús, lo escucharon, y concluyeron a su vez: "Este es verdaderamente el Salvador del mundo" (Jn 4, 42).

6. Entre los habitantes de Jerusalén, por el contrario, las palabras y los milagros de Jesús suscitaron cuestiones en torno a su condición mesiánica. Algunos excluían que pudiera ser el Mesías: "De éste sabemos de dónde viene, mas del Mesías, cuando venga, nadie sabrá de dónde viene" (Jn 7, 27). Pero otros decían: "El Mesías, cuando venga, ¿podrá hacer signos más grandes de los que ha hecho éste?" (Jn 7, 31). "¿No será éste el Hijo de David?" (Mt 12, 23). Incluso llegó a in-

tervenir el Sanedrín, decretando que "si alguno lo confesaba Mesías fuera expulsado de la sinagoga" (Jn 9, 22).

7. Con estos elementos podemos llegar a comprender el significado clave de la conversación de Jesús con los Apóstoles cerca de Cesarea de Filipo. "Jesús... les preguntó: ¿Quién dicen los hombres que soy yo? Ellos le respondieron, diciendo: Unos, que Juan Bautista; otros que Elías y otros, que uno de los Profetas. Pero El les preguntó: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Pedro, le dijo: Tú eres el Cristo" (Mc 8, 27-29; cf. además Mt 16, 13-16 y Lc 9, 18-21), es decir, el Mesías.

8. Según el Evangelio de Mateo esta respuesta ofrece a Jesús la ocasión para anunciar el primado de Pedro en la futura Iglesia (cf. Mt 16, 18). Según Marcos, tras la respuesta de Pedro, Jesús ordenó severamente a los Apóstoles "que no dijeran nada a nadie" (Mc 8, 30). De lo cual se puede deducir que Jesús no sólo no proclamaba que El era el Mesías, sino que tampoco quería que los Apóstoles difundieran por el momento la verdad sobre su identidad. Quería, en efecto, que sus contemporáneos llegaran a tal convencimiento contemplando sus obras y escuchando su enseñanza. Por otra parte, el mismo hecho de que los Apóstoles estuvieran convencidos de lo que Pedro había dicho en nombre de todos al proclamar: "Tú eres el Cristo", demuestra que las obras y palabras de Jesús constituían una base suficiente sobre la que podía fundarse y desarrollarse la fe en que El era el Mesías.

9. Pero la continuación de ese diálogo tal y como aparece en los dos textos paralelos de Marcos y Mateo es

aún más significativa en relación con la idea que tenía Jesús sobre su condición de Mesías (cf. *Mc* 8, 31-33; *Mt* 16, 21-23). Efectivamente, casi en conexión estrecha con la profesión de fe de los Apóstoles, Jesús "comenzó a enseñarles cómo era preciso que el Hijo del Hombre padeciese mucho, y que fuese rechazado por los ancianos y los príncipes de los sacerdotes y los escribas y que fuese muerto y resucitara al tercer día" (*Mc* 8, 31). El Evangelista Marcos hace notar: "Les hablaba de esto abiertamente" (*Mc* 8, 32). Marcos dice que "Pedro, tomándole aparte, se puso a reprenderle" (*Mc* 8, 32). Según Mateo, los términos de la reprensión fueron éstos: "No quiera Dios, Señor, que esto suceda" (*Mt* 16, 22). Y ésta fue la reacción del Maestro: Jesús "reprendió a Pedro diciéndole: Quitate allá, Satán, pues tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres" (*Mc* 8, 33; *Mt* 16, 23).

10. En esta reprensión del Maestro se puede percibir algo así como un eco lejano de la tentación de que fue objeto Jesús en el desierto en los comienzos de su actividad mesiánica (cf. *Lc* 4, 1-13), cuando Satanás quería apartarlo del cumplimiento de la voluntad del Padre hasta el final. Los Apóstoles, y de un modo especial Pedro, a pesar que habían profesado su fe en la misión mesiánica de Jesús afirmando "Tú eres el Mesías", no lograban librarse completamente de aquella concepción demasiado humana y terrena del Mesías, admitir la perspectiva de un Mesías que iba a padecer y a sufrir la muerte. Incluso en el momento de la ascensión, preguntarían a Jesús: "¿... vas a reconstruir el reino de Israel?" (cf. *Act* 1, 6).

11. Precisamente ante esta actitud Jesús reacciona con tanta decisión

y severidad. En él, la conciencia de la misión mesiánica correspondía a los Cantos sobre el Siervo de Yavé de Isaías y, de un modo especial, a lo que había dicho el Profeta sobre el Siervo Sufriente: "Sube ante él como un retoño, como raíz en tierra árida. No hay en él parecer, no hay hermosura... Despreciado y abandonado de los hombres, varón de dolores, y familiarizado con el sufrimiento, y como uno ante el cual se oculta el rostro, menospreciado sin que le tengamos en cuenta... Pero fue él ciertamente quien soportó nuestros sufrimientos y cargó con nuestros dolores... Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados" (*Is* 53, 2-5).

Jesús defiende con firmeza esta verdad sobre el Mesías, pretendiendo realizarla en Él hasta las últimas consecuencias, ya que en ella se expresa la voluntad salvífica del Padre: "El Justo, mi siervo, justificará a muchos" (*Is* 53, 11). Así se prepara personalmente y prepara a los suyos para el acontecimiento en que el "misterio mesiánico" encontrará su realización plena: la Pascua de su muerte y de su resurrección.

CATEQUESIS

JESUCRISTO, INAUGURACION Y CUMPLIMIENTO DEL REINO DE DIOS

1. "Se ha cumplido el tiempo, está cerca el reino de Dios" (*Mc* 1, 15). Con estas palabras Jesús de Nazaret comienza su predicación mesiánica. El reino de Dios, que en Jesús irrumpe en la vida y en la historia del hombre, constituye el cumplimiento de las promesas de salvación que Israel había recibido del Señor.

Jesús se revela Mesías, no porque busque un dominio temporal y político según la concepción de sus contemporáneos, sino porque con su misión, que culmina en la pasión-muerte-resurrección, "todas las promesas de Dios son 'sí'" (*2 Cor* 1, 20).

2. Para comprender plenamente la misión de Jesús es necesario recordar el mensaje del Antiguo Testamento que proclama la realeza salvífica del Señor. En el cántico de Moisés (*Ex* 15, 1-18), el Señor es aclamado "rey" porque ha liberado maravillosamente a su pueblo y lo ha guiado, con potencia y amor, a la comunión con Él y con los hermanos en el gozo de la libertad. También el antiquísimo Salmo 28/29 da testimonio de la misma fe: el Señor es contemplado en la potencia de su realeza, que domina todo lo creado y comunica a su pueblo fuerza, bendición y paz (*Sal* 28/29, 10). Pero la fe en el Señor "rey" se presenta completamente penetrada por el tema de la salvación, sobre todo en la vocación de Isaías. El "Rey" contemplado por el Profeta con los ojos de la fe "sobre un trono alto y sublime" (*Is* 6, 1), es Dios en el misterio de su santidad trascendente y de su bondad misericordiosa, con la que se hace presente a su pueblo como fuente de amor que purifica, perdona, salva: "Santo, Santo, Santo, Yavé de los ejércitos. Está la tierra llena de tu gloria" (*Is* 6, 3).

Esta fe en la realeza salvífica del Señor impidió que, en el pueblo de la alianza, la monarquía se desarrollase de forma autónoma, como ocurría en el resto de las naciones: El rey es el elegido, el ungido del Señor y, como tal, es el instrumento mediante el cual Dios mismo ejerce su soberanía sobre Israel (cf. *1 Sam* 12, 12-15). "El Señor reina", proclaman continuamente los Salmos (cf. *5, 3; 9, 6; 28/29, 10; 92/93, 1; 96/97, 1-4; 145/146, 10*).

3. Frente a la experiencia dolorosa de los límites humanos y del pecado, los Profetas anuncian una nueva alianza, en la que el Señor mismo será el guía salvífico y real de su pueblo renovado (cf. *Jer* 31, 31-34; *Ez* 34, 7-16; *36, 24-28*).

En este contexto surge la expectación de un nuevo David, que el Señor suscitará para que sea el instrumento del éxodo, de la liberación, de la salvación (*Ez* 34, 23-25; cf. *Jer* 23, 5-6). Desde ese momento la figura del Mesías aparece en relación íntima con la manifestación de la realeza plena de Dios.

Tras el exilio, aun cuando la institución de la monarquía decayera en Israel, se continuó profundizando la fe en la realeza que Dios ejerce sobre su pueblo y que se extenderá hasta los "confines de la tierra". Los Salmos que cantan al Señor rey, constituyen el testimonio más significativo de esta esperanza (cf. *Sal* 95/96 - 98/99).

Esta **esperanza** alcanza su grado máximo de intensidad cuando la mirada de la fe, dirigiéndose más allá del tiempo de la historia humana, llegará a comprender que sólo en la eternidad futura se establecerá el reino de Dios en todo su poder: entonces, mediante la resurrección, los redimidos se encontrarán en la plena comunión de vida y de amor con el Señor (cf. *Dan* 7, 9-10; 12, 2-3).

4. **Jesús** alude a esta esperanza del Antiguo Testamento y proclama su cumplimiento. El reino de Dios constituye el tema central de su predicación, como lo demuestran sobre todo las parábolas.

La parábola del sembrador (*Mt* 13, 3-8) proclama que el reino de Dios **está ya actuando** en la predicación de Jesús; al mismo tiempo invita a contemplar la abundancia de frutos que constituirán la riqueza sobreabundante del reino al final de los tiempos. La parábola de la semilla que crece por sí sola (*Mc* 4, 26-29) subraya que el reino no es obra humana, sino únicamente don del amor de Dios que actúa en el corazón de los creyentes y guía la historia humana hacia su realización definitiva en la comunión eterna con el Señor. La parábola de la cizaña en medio del trigo (*Mt* 13, 24-30) y la de la red para pescar (*Mt* 13, 47-52) se refieren, sobre todo, a la presencia, ya operante, de la salvación de Dios. Pero, junto a los "hijos del reino", se hallan también los "hijos del maligno", los que realizan la iniquidad: sólo al final de la historia serán destruidas las potencias del mal, y quien haya acogido el reino estará para siempre con el Señor. Finalmente, las parábolas del tesoro escondido y de la perla preciosa (*Mt* 13, 44-46), expresa el valor supremo y absoluto del reino de Dios: quien lo percibe, está dispuesto a afrontar cualquier sacrificio y renuncia para entrar en él.

5. De la enseñanza de Jesús nace una riqueza muy iluminadora. *El reino de Dios*, en su plena y total realización, es ciertamente futuro, "debe venir" (cf. *Mc* 9, 1; *Lc* 22, 18); la oración del Padrenuestro enseña a pedir su venida: "Venga a nosotros tu reino" (*Mt* 6, 10).

Pero al mismo tiempo, Jesús afirma que el reino de Dios "ya ha venido" (*Mt* 12, 28), "está dentro de vosotros" (*Lc* 17, 21) mediante la predicación y las obras de Jesús. Por otra parte, de todo el Nuevo Testamento se deduce que la Iglesia, fundada por Jesús, es el lugar donde la realeza de Dios se hace presente, en Cristo, como don de salvación en la fe de vida nueva en el Espíritu, de comunión en la caridad.

Se ve así la relación íntima entre el reino y Jesús, una relación tan estrecha que el reino de Dios puede llamarse también "reino de Jesús" (*Ef* 5, 5; *2 Pe* 1, 11), como afirma, por lo demás, el mismo Jesús ante Pilato al decir que "su" reino no es de este mundo (cf. *Jn* 18, 36).

6. Desde esta perspectiva podemos comprender las condiciones indicadas por Jesús para entrar en el reino. Se pueden resumir en la palabra "conversión". Mediante la conversión el hombre se abre al don de Dios (cf. *Lc* 12, 32), que "llama a su reino y a su gloria" (*1 Tes* 2, 12); acoge como un niño el reino (*Mc* 10, 15) y está dispuesto a todo tipo de renunciaciones para poder entrar en él (cf. *Lc* 18, 29; *Mt* 19, 29; *Mc* 10, 29).

El reino de Dios exige una "justicia" profunda o nueva (*Mt* 5, 20); requiere empeño en el cumplimiento de la "voluntad de Dios" (*Mt* 7, 21), implica sencillez interior "como los niños" (*Mt* 18, 3; *Mc* 10, 15); comporta la superación del obstáculo constituido por las riquezas (cf. *Mc* 10, 23-24).

7. Las bienaventuranzas proclamadas por Jesús (cf. *Mt* 5, 3-12) se presentan como la "carta magna" del reino de los cielos, dado a los pobres de espíritu, a los afligidos, a los humildes, a quien tiene hambre y sed de justicia, a los misericordiosos, a los puros de corazón, a los artifices de paz, a los perseguidos por causa de la justicia. Las bienaventuranzas no muestran sólo las exigencias del reino; manifiestan ante todo la obra que Dios realiza en nosotros haciéndonos semejantes a su Hijo (*Rom* 8, 29) y capaces de tener sus sentimientos (*Flp* 2, 5 ss.) de amor y de perdón (cf. *Jn* 13, 34-35; *Col* 3, 13).

8. La enseñanza de Jesús sobre el reino de Dios es testimoniada por la Iglesia del Nuevo Testamento, que vivió esa enseñanza con la alegría de su fe pascual. La Iglesia es la comunidad de los "pequeños" que el Padre "ha liberado del poder de las tinieblas y ha trasladado al reino del Hijo de su amor" (*Col* 1, 13); es la comunidad de los que viven "en Cristo", dejándose guiar por el Espíritu en el camino de la paz (*Lc* 1, 79), y que luchan para no "caer en la tentación" y evitar las obras de la "carne", sabiendo muy bien que "quienes tales cosas hacen no heredarán el reino de Dios" (*Gál* 5, 21). La Iglesia es la comunidad de quienes anuncian, con su vida y con sus palabras, el mismo mensaje de Jesús: "El reino de Dios está cerca de vosotros" (*Lc* 10, 9).

9. La Iglesia, que "camina a través de los siglos incesantemente a la plenitud de la verdad divina hasta que se cumplan en ella las palabras de Dios" (*Dei Verbum*, 8), pide al Padre en cada una de las celebraciones de la Eucaristía que "venga su reino". Vive esperando ardientemente la venida gloriosa del Señor y Salvador Jesús, que ofrecerá a la Majestad Divina "un reino eterno y universal: el reino de la verdad y la vida, el reino de la santidad y la gracia, el reino de la justicia, el amor y la paz" (*Prefacio de la solemnidad de Jesucristo, Rey del universo*).

Esta espera del Señor es fuente incesante de confianza y de energía. Estimula a los bautizados, hechos partícipes de la dignidad real de Cristo, a vivir día tras día "en el reino del Hijo de su amor", a testimoniar y anunciar la presencia del reino con las mismas obras de Jesús (cf. *Jn* 14, 12). En virtud de este testimonio de fe y de amor, enseña el Concilio, el mundo se impregnará del Espíritu de Cristo y alcanzará con mayor eficacia su fin en la justicia, en la caridad y en la paz (*Lumen gentium*, 36).

CATEQUESIS

JESUCRISTO,
HIJO DEL HOMBRE

1. *Jesucristo, Hijo del hombre e Hijo de Dios*: éste es el tema culminante de nuestras catequesis sobre la identidad del Mesías. Es la verdad fundamental de la revelación cristiana y de la fe: la humanidad y la divinidad de Cristo, sobre la cual reflexionaremos más adelante con mayor amplitud. Por ahora nos urge completar el análisis de los títulos mesiánicos presentes ya de algún modo en el Antiguo Testamento y ver en qué sentido se los atribuye Jesús a Sí mismo.

En relación con el título "*Hijo del hombre*", resulta significativo que Jesús lo usara frecuentemente hablando de Sí, mientras que los demás lo llaman Hijo de Dios, como veremos en la próxima catequesis. El se autodefine "Hijo del hombre", mientras que nadie le daba este título si exceptuamos al diácono Esteban antes de la lapidación (Act 7, 56) y al autor del Apocalipsis en dos textos (Ap 1, 13; 14, 14).

2. En la revelación previa a nadie se da este título, si exceptuamos al que porcede del Antiguo Testamento, en concreto del libro del *Profeta Daniel*, visión que tuvo de noche el Profeta: "Seguía yo mirando en la visión nocturna, y vi venir sobre las nubes del cielo a uno como hijo de hombre, que se llegó al anciano de muchos días y fue presentado ante éste. Fuele dado el señorío, la gloria y el imperio, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron, y su dominio es dominio eterno que no acabará, y su imperio, imperio que nunca

desaparecerá" (Dan 7, 13-14).

Cuando el Profeta pide la explicación de esta visión, obtiene la siguiente respuesta: "Después recibirán el reino de los santos del Altísimo y lo poseerán por siglos, por los siglos... Entonces le darán el reino, el dominio y la majestad de todos los reinos de debajo del cielo al pueblo de los santos del Altísimo" (Dan 7, 18, 27). *El texto de Daniel contempla a una persona individual y al pueblo*. Señalemos ya ahora que lo que se refiere a la persona del Hijo del hombre se vuelve a encontrar en las palabras del Ángel en la anunciación a María: "Reinará... por los siglos y su reino no tendrá fin" (Lc 1, 33).

3. Cuando Jesús utiliza el título "Hijo del hombre" para hablar de Sí mismo, recurre a una expresión proveniente de la tradición canónica del Antiguo Testamento presente también en los libros apócrifos del judaísmo. Pero conviene notar, sin embargo, que la expresión "hijo de hombre" (ben-adam) se había convertido en el arameo de la época de Jesús en una expresión que indicaba simplemente "hombre" (bar enas). Por eso, al referirse a Sí mismo como "Hijo del hombre", Jesús logró casi esconder tras el velo del significado común el significado mesiánico que tenía la palabra en la enseñanza profética. Sin embargo, no resulta casual, si bien las afirmaciones sobre el "Hijo del hombre" aparecen especialmente en el contexto de la vida terrena y de la pasión de Cristo, no faltan en relación con su elevación

escatológica.

4. En el contexto de la vida terrena de Jesús de Nazaret encontramos textos como el siguiente: "Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos: pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza" (Mt 8, 20); o este otro: "Vino el Hijo del hombre, comiendo y bebiendo, y dicen: es un comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores" (Mt 11, 19). Otras veces la palabra de Jesús asume un valor que indica con mayor profundidad su poder. Así cuando afirma: "Y dueño del sábado es el Hijo del hombre" (Mc 2, 28). Con ocasión de la curación del paralítico, a quien introdujeron en la casa donde estaba Jesús haciendo un agujero en el techo, El afirma en tono casi desafiante: "Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados —se dirige al paralítico—, yo te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa" (Mc 2, 10-11). En otro texto afirma Jesús: "Porque como fue Jonás señal para los ninivitas, así también lo será el Hijo del hombre para esta generación" (Lc 11, 30). En otra ocasión se trata de una predicción rodeada de misterio: "Llegará tiempo en que desearéis ver un solo día al Hijo del hombre, y no lo veréis" (Lc 17, 22).

5. Algunos teólogos señalan un paralelismo interesante entre la profecía de Ezequiel y las afirmaciones de Jesús. El Profeta escribe: "(Dios) me dijo: Hijo de hombre, yo te mando a los hijos de Israel... que se han rebelado contra mí... Diles: Así dice el Señor, Yavé" (Ez 2, 3-4). "Hijo de hombre, habita en medio de gente rebelde, que tiene ojos para ver, y no ven, oídos para oír y no oyen..." (Ez 12, 2). "Tú, hijo de hombre... dirigirás tus miradas contra el muro de Jerusalén... profetizando contra

ella" (Ez 4, 1-7). "Hijo de hombre, propón un enigma y compón una parábola sobre la casa de Israel" (Ez 17, 2).

Haciéndose eco de las palabras del Profeta, Jesús enseña: "Pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lc 19, 10). "Pues tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos" (Mc 10, 45; cf. además Mt 20, 29). El "Hijo del hombre"... "cuando venga en la gloria del Padre, se avergonzará de quien se avergüence de El y de sus palabras ante los hombres" (cf. Mc 8, 38).

6. La identidad del Hijo del hombre se presenta en el doble aspecto de representante de Dios, anunciador del reino de Dios, Profeta que llama a la conversión. Por otra parte, es "representante" de los hombres, compartiendo con ellos su condición terrena y sus sufrimientos para redimirlos y salvarlos según el designio del Padre. Como dice El mismo en el diálogo con Nicodemo: "A la manera que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en El tenga la vida eterna" (Jn 3, 14-15).

Se trata de un anuncio claro de la pasión, que Jesús vuelve a repetir: "Comenzó a enseñarles cómo era preciso que el Hijo del hombre padeciese mucho, y que fuese rechazado por los ancianos y los príncipes de los sacerdotes y los escribas, y que fuese muerto y resucitara después de tres días" (Mc 8, 31). En el Evangelio de Marcos encontramos esta predicción repetida en tres ocasiones (cf. Mc 9, 31; 10, 33-34) y en todas ellas Jesús habla de Sí mismo como "Hijo del hombre".

7. Con este mismo apelativo se autodefine Jesús ante el tribunal de

Caifás, cuando a la pregunta: "¿Eres tú el Mesías, el Hijo del Bendito?", responde: "Yo soy, y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo" (Mc 14, 62). En estas palabras resuena el eco de la profecía de Daniel sobre el "Hijo del hombre que viene sobre las nubes del cielo" (Dan 7, 13) y del Salmo 110, que contempla al Señor sentado a la derecha de Dios (cf. Sal 109/110, 1).

8. Jesús habla repetidas veces de la elevación del "Hijo del hombre", pero no oculta a sus oyentes que ésta incluye la humillación de la cruz. Frente a las objeciones y a la incredulidad de la gente y de los discípulos, que comprendían muy bien el carácter trágico de sus alusiones y que, sin embargo, le preguntaban: "¿Cómo, pues, dices tú que el Hijo del hombre ha de ser levantado? ¿Quién es este Hijo del hombre?" (Jn 12, 34), afirma Jesús claramente: "Cuando levanteis en alto al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy, y no hago nada por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo" (Jn 8, 28). Jesús afirma que su "elevación" mediante la cruz constituirá su glorificación. Poco después añadirá: "Es llegada la hora en que el Hijo del hombre será glorificado" (Jn 12, 23). Resulta significativo que cuando Judas abandonó el Cenáculo, Jesús afirmara: "Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre, y Dios ha sido glorificado en él" (Jn 13, 31).

9 Este es el contenido de vida, pasión, muerte y gloria, del que el Profeta Daniel había ofrecido sólo un simple esbozo. Jesús no duda en aplicarse incluso el carácter de reino eterno e imperecedero que Daniel había atribuido a la obra del Hijo del hombre, cuando en la profecía

sobre el fin del mundo proclama: "Entonces verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes con gran poder y majestad" (Mc 13, 26; cf. Mt 24, 30). En esta perspectiva escatológica debe llevarse a cabo la obra evangelizadora de la Iglesia. Jesús hace la siguiente advertencia: "No acabaráis las ciudades de Israel, antes de que venga el Hijo del hombre" (Mt 10, 23). Y se pregunta: "Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?" (Lc 18, 8).

10. Si en su condición de "Hijo del hombre" Jesús realizó con su vida, pasión, muerte y resurrección el plan mesiánico delineado en el Antiguo Testamento, al mismo tiempo asume con ese mismo nombre el lugar que le corresponde entre los hombres como hombre verdadero, como hijo de una mujer, María de Nazaret. Mediante esta mujer, su Madre, Él, el "Hijo de Dios", es al mismo tiempo "Hijo del hombre", hombre verdadero como testimonio la Carta a los Hebreos: "Se hizo realmente uno de nosotros, semejante a nosotros en todo, menos en el pecado" (Const. *Gaudium et spes*, 22; cf. Heb 4, 15).

CATEQUESIS

JESUCRISTO, HIJO DE DIOS

1. Según hemos tratado en las catequisis precedentes, el nombre de "Cristo" significa en el lenguaje del Antiguo Testamento "Mesías". Israel, el Pueblo de Dios de la Antigua Alianza, vivió en la espera de la realización de la promesa del Mesías, que se cumplió en Jesús de Nazaret. Por eso desde el comienzo se llamó a Jesús Cristo, esto es: "Mesías", y fue aceptado como tal por todos aquellos que "lo han recibido" (Jn 1, 12).

2. Hemos visto que, según la tradición de la Antigua Alianza, el Mesías es Rey y que este Rey Mesianico fue llamado también *Hijo de Dios*, nombre que en el ámbito del monoteísmo yahvista del Antiguo Testamento tiene un significado exclusivamente analógico, e incluso, metafórico. No se trata en aquellos libros del Hijo "engendrado" por Dios, sino de alguien a quien Dios elige y le confía una concreta misión o servicio.

3. En este sentido también alguna vez todo el pueblo se denominó "hijo", como, por ejemplo, en las palabras que Yavé dirigió a Moisés: "Tú dirás al Faraón: ... Israel es mi hijo, mi primogénito. ... Yo mando que dejes a mi hijo ir a servirme" (Ex 4, 22-23; cf. también Os 11, 1; Jer 31, 9). Así, pues, si se llama al Rey en la Antigua Alianza "Hijo de Dios", es porque en la teocracia israelita, es Él el representante especial de Dios.

Lo vemos, por ejemplo, en el Salmo 2, en relación con la entronización del rey: "El me ha dicho: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy" (Sal 2, 7-8). También en el Salmo 88 leemos: "El (David) me invocará diciendo: tú eres mi padre. ... y yo le haré mi primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra" (Sal 88/89, 27-28). Después, el Profeta Natán hablará así a propósito de la descendencia de David: "Yo le seré a él padre y él me será a mí hijo. Si obrare el mal yo le castigaré. ..." (2 Sam 7, 14).

No obstante, en el Antiguo Testamento, a través del significado analógico y metafórico de la expresión "Hijo de Dios", parece que penetra en él otro, que permanece oscuro. Así en el citado Salmo 2, Dios dice al rey: "Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy" (Sal 2, 7), y en el Salmo 109/110: "Yo mismo te engendré como rocío antes de la aurora" (Sal 109/110, 3).

4. Es preciso tener presente este trasfondo bíblico-mesianico para darse cuenta de que el modo de actuar y de expresarse de Jesús indica la conciencia de una realidad completamente nueva.

Aunque en los Evangelios sinópticos Jesús jamás se define como Hijo de Dios (lo mismo que no se llama Mesías), sin embargo, de diferentes maneras, afirma y hace comprender que es el *Hijo de Dios* y no en sentido analógico o metafórico, sino natural.

5. Subraya incluso la exclusividad de su relación filial con Dios. Nunca dice de Dios: "Nuestro Padre", sino sólo "mi Padre", o distingue: "mi Padre, vuestro

Padre". No duda en afirmar: "Todo me ha sido entregado por mi Padre" (Mt 11, 27).

Esta exclusividad de la relación filial con Dios se manifiesta especialmente en la oración, cuando Jesús se dirige a Dios como Padre usando la palabra aramea "Abbá", que indica una singular cercanía filial y, en boca de Jesús, constituye una expresión de su total entrega a la voluntad del Padre: "Abbá, Padre, todo te es posible; aleja de mí este cáliz" (Mc 14, 36).

Otras veces Jesús emplea la expresión "vuestro Padre"; por ejemplo: "como vuestro Padre es misericordioso" (Lc 6, 36); "vuestro Padre, que está en los cielos" (Mc 11, 25). Subraya de este modo el carácter específico de su propia relación con el Padre, incluso deseando que esta Paternidad divina se comunique a los otros, como atestigua la oración del "Padre nuestro", que Jesús enseñó a sus discípulos y seguidores.

6. La verdad sobre Cristo como Hijo de Dios es el punto de convergencia de todo el Nuevo Testamento. Los Evangelios, y sobre todo el Evangelio de Juan y los escritos de los Apóstoles, de modo especial las Cartas de San Pablo, nos ofrecen testimonios explícitos. En esta catequesis nos concentramos solamente en algunas afirmaciones; particularmente significativas, que, en cierto sentido, "nos abren el camino" hacia el descubrimiento de la verdad sobre Cristo como Hijo de Dios y nos acercan a una recta percepción de esta "filiación".

7. Es importante constatar que la convicción de la Filiación divina de Jesús se confirmó con una voz desde el cielo durante el bautismo en el Jordán (cf. Mc 1, 11) y en el monte de la Transfiguración (cf. Mc 9, 7). En ambos casos, los Evangelistas nos hablan de la proclamación que hizo el Padre acerca de Jesús ("su) Hijo predilecto" (cf. Mt 3, 17; Lc 3, 22).

Los Apóstoles tuvieron una confirmación análoga dada por los *espíritus malignos* que arremetían contra Jesús: "¿Qué hay entre Ti y nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a perders? Te conozco: tú eres el Santo de Dios" (Mc 1, 24). "¿Qué hay entre Ti y mí, Jesús, Hijo del Altísimo?" (Mc 5, 7).

8. Si luego escuchamos el testimonio de los hombres, merece especial atención la confesión de Simón Pedro, junto a Cesarea de Filipo: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo" (Mt 16, 16). Notemos que esta confesión ha sido confirmada de forma insólitamente solemne por Jesús: Bienaventurado tú, Simón Bar Jona, porque no es la carne ni la sangre quien esto te ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos" (Mt 16, 17). No se trata de un hecho aislado. En el mismo Evangelio de Mateo leemos que, al ver a Jesús caminar sobre las aguas del lago de Genesaret, calmar al viento y salvar a Pedro, los Apóstoles se postraron ante el maestro, diciendo: "Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios" (Mt 14, 33).

9. Así, pues, lo que Jesús hacía y enseñaba, alimentaba en los Apóstoles la convicción de que El era no sólo el Mesías, sino también el verdadero "Hijo de Dios". Y Jesús confirmó esta convicción.

Fueron precisamente algunas de las afirmaciones proferidas por Jesús las que suscitaron contra El la acusación de blasfemia. De ellas brotaron momentos singularmente dramáticos como atestigua el Evangelio de Juan, donde se lee que los judíos "buscaban... matarlo, pues no sólo quebrantaba el sábado, sino que decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios" (Jn 5, 18).

El mismo problema se plantea de nuevo en el proceso incoado a Jesús ante el Sanedrín: Caifás, Sumo Sacerdote, lo interpeló: "Te conjuro por Dios vivo a que me digas si eres tú el Mesías, el Hijo de Dios". A esta pregunta, Jesús respondió sencillamente: "Tú lo has dicho", es decir: "Sí, yo lo soy" (cf. Mt 26, 63-64). Y también en el proceso ante Pilato, aun siendo otro el motivo de la acusación: el de haberse proclamado rey, sin embargo los judíos repitieron la imputación fundamental: "Nosotros tenemos una ley y, según la ley, debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios" (Jn 19, 7).

10. En definitiva, podemos decir que Jesús murió en la cruz a causa de la verdad de su Filiación divina. Aunque la inscripción colocada sobre la cruz con la declaración oficial de la condena decía: "Jesús de Nazaret, el Rey de los judíos", sin embargo —hace notar San Mateo—, "los que pasaban lo injuriaban moviendo la cabeza y diciendo... si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz" (Mt 27, 39-40). Y también: "Ha puesto su confianza en Dios, que El le libre ahora, si es que lo quiere, puesto que ha dicho: Soy el Hijo de Dios" (Mt 27, 43).

Esta verdad se encuentra en el centro del acontecimiento del Gólgota. En el pasado fue objeto de la convicción, de la proclamación y del testimonio dado por los Apóstoles, ahora se ha convertido en objeto de burla. Y sin embargo, también aquí, el centurión romano, que vigila la agonía de Jesús y escucha las palabras con las cuales El se dirige al Padre, en el momento de la muerte, a pesar de ser pagano, da un último testimonio sorprendente en favor de la identidad divina de Cristo: "Verdaderamente este hombre era hijo de Dios" (Mc 15, 39).

11. Las palabras del centurión romano sobre la verdad fundamental del Evangelio y del Nuevo Testamento en su totalidad nos remite a las que el Ángel dirigió a María en el momento de la Anunciación: "Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y llamado Hijo del Altísimo..." (Lc 1, 31-32). Y cuando María pregunta "¿Cómo podrá ser esto?", el mensajero le responde: "El Espíritu Santo vendrá sobre tí y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra y, por esto, el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios" (Lc 1, 34-35).

12. En virtud de la conciencia que Jesús tuvo de ser Hijo de Dios en el sentido real natural de la palabra, El "llamaba a Dios su Padre..." (Jn 5, 18). Con la misma convicción no dudó en decir a sus adversarios y acusadores: "En verdad en verdad os digo, antes que Abraham naciese, era yo" (Jn 8, 58).

En este "era yo" está la verdad sobre la Filiación divina, que precede no sólo al tiempo de Abraham, sino a todo tiempo y a toda existencia creada.

Dirá San Juan al concluir su Evangelio: "Estas (señales realizadas por Jesús) fueron escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre" (Jn 20, 31).

CATEQUESIS

"ABBA"

1. Posiblemente no haya una palabra que exprese mejor la autorrevelación de Dios en el Hijo que la palabra "Abbá-Padre". "Abbá" es una expresión aramea, que se ha conservado en el texto griego del Evangelio de Marcos (14, 36). Aparece precisamente cuando Jesús se dirige al Padre. Y aunque esta palabra se puede traducir a cualquier lengua, con todo, en labios de Jesús de Nazaret permite percibir mejor su contenido único, irrepetible.

2. Efectivamente, "Abbá" expresa no sólo la alabanza tradicional de Dios "Yo te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra" (cf. Mt 11, 25), sino que, en labios de Jesús, revela asimismo la conciencia de la relación única y exclusiva que existe entre el Padre y El, entre El y el Padre. Expresa la misma realidad a la que alude Jesús de forma tan sencilla y al mismo tiempo tan extraordinaria con las palabras conservadas en el texto del Evangelio de Mateo (Mt 11, 27) y también en el de Lucas (Lc 10, 22): "Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiera revelárselo". Es decir, la palabra "Abbá" no sólo manifiesta el misterio de la vinculación recíproca entre el Padre y el Hijo, sino que sintetiza de algún modo toda la verdad de la vida íntima de Dios en su profundidad trinitaria: el conocimiento recíproco del Padre y del Hijo, del cual emana el eterno Amor.

3. La palabra "Abbá" forma parte del lenguaje de la familia y

testimonia esa particular comunión de personas que existe entre el padre y el hijo engendrado por él, entre el hijo que ama al padre y al mismo tiempo es amado por él. Cuando, para hablar de Dios, Jesús utilizaba esta palabra, debía de causar admiración e incluso escandalizar a sus oyentes. Un israelita no la habría utilizado ni en la oración. Sólo quien se consideraba Hijo de Dios en un sentido propio podría hablar así de El y dirigirse a El Como Padre. "Abbá" es decir, "padre mío", "papá", "papá".

4. En un texto de Jeremías se habla de que Dios espera que se le invoque como Padre: "Vosotros me diréis: 'padre mío'" (Jer 3, 19). Es como una profecía que se cumpliría en los tiempos mesiánicos. Jesús de Nazaret la ha realizado y superado al hablar de Sí mismo en su relación con Dios como de Aquel que "conoce al Padre", y utilizando para ello la expresión filial "Abbá". Jesús habla constantemente del Padre, invoca al Padre como quien tiene derecho a dirigirse a El sencillamente con el apelativo: "Abbá-Padre mío".

5. Todo esto lo han señalado los Evangelistas. En el Evangelio de Marcos, de forma especial, se lee que durante la oración en Getsemaní, Jesús exclamó: "Abbá, Padre, todo te es posible. Aleja de mí este cáliz; mas no sea lo que yo quiero, sino lo que tú quieras" (Mc 14, 36). El pasaje paralelo de Mateo dice: "Padre mío", o sea, "Abbá", aunque no se nos transmita literalmente el término arameo (cf. Mt 26, 39-42). Incluso

en los casos en que el texto evangélico se limita a usar la expresión "Padre", sin más (como en Lc 22, 42 y, además, en otro contexto, en Jn 12, 27), el contenido esencial es idéntico.

6. Jesús fue acostumbrando a sus oyentes para que entendieran que en sus labios la palabra "Dios" y, en especial, la palabra "Padre", significaba "Abbá-Padre mío". Así, desde su infancia, cuando tenía sólo 12 años, Jesús dice a sus padres que lo habían estado buscando durante tres días: "¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre?" (Lc 2, 49). Y al final de su vida, en la oración sacerdotal con la que concluye su misión, insiste en pedir a Dios: "Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti" (Jn 17, 1). "Padre Santo, guarda en tu nombre a éstos que me has dado" (Jn 17, 11). "Padre justo, si el mundo no te ha conocido, yo te conocí..." (Jn 17, 25). Ya en el anuncio de las realidades últimas, hecho con la parábola sobre el juicio final, se presenta como Aquel que proclamó: "Venid a mí, benditos de mi Padre..." (Mt 25, 34). Luego pronuncia en la cruz sus últimas palabras: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lc 23, 46). Por último, una vez resucitado anuncia a los discípulos: "Yo os envío la promesa de mi Padre" (Lc 24, 49).

7. Jesucristo, que "conoce al Padre" tan profundamente, ha venido para "dar a conocer su nombre a los hombres que el Padre le ha dado" (cf. Jn 17, 6). Un momento singular de esta revelación del Padre lo constituye la respuesta que da Jesús a sus discípulos cuando le piden: "Enseñanos a orar" (cf. Lc 11, 1). El les dicta entonces la oración que comienza con las palabras "Padre nuestro" (Mt

6, 9-13), o también "Padre" (Lc 11, 2-4). Con la revelación de esta oración los discípulos descubren que ellos participan de un modo especial en la filiación divina, de la que el Apóstol Juan dirá en el prólogo de su Evangelio: "A cuantos le recibieron (es decir, a cuantos recibieron al Verbo que se hizo carne), Jesús les dio poder de llegar a ser hijos de Dios" (Jn 1, 12). Por ello, según su propia enseñanza, oran con toda razón diciendo "Padre nuestro".

8. Ahora bien, Jesús establece siempre una distinción entre "Padre mío" y "Padre nuestro". Incluso después de la resurrección, dice a María Magdalena: "Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios" (Jn 20, 17). Se debe notar, además, que en ningún pasaje del Evangelio se lee que Jesús recomendara a los discípulos orar usando la palabra "Abbá". Esta se refiere exclusivamente a su personal relación filial con el Padre. Pero al mismo tiempo, el "Abbá" de Jesús es en realidad el mismo que es también "Padre nuestro", como se deduce de la oración enseñada a los discípulos. Y lo es por participación o, mejor dicho, por adopción, como enseñaron los teólogos siguiendo a San Pablo, que en la Carta a los Gálatas escribe: "Dios envió a su Hijo... para que recibiésemos la adopción" (Gál 4, 4 y s; cf. Santo Tomás, III, q. 23, aa. 1 y 2).

9. En este contexto conviene leer a interpretar también las palabras que siguen en el mencionado texto de la Carta de Pablo a los Gálatas: "Y puesto que sois hijos, envié Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama 'Abbá, Padre'" (Gál 4, 6); y las de la Carta a los Romanos: "No habéis recibido el espíritu de siervos... antes habéis recibido el espíritu de adop-

ción, por el que **clamamos**: 'Abbá, Padre' " (Rom 8, 15). Así, pues, cuando, en nuestra condición de hijos adoptivos (adoptados en Cristo): "hijos en el Hijo", dice **San Pablo** (cf.

Rom 8, 19), gritamos a Dios "Padre", "Padre nuestro", estas palabras se refieren al mismo Dios a quien Jesús con intimidad incomparable le decía: "Abbá. . ., Padre mío".

CATEQUESIS

JESUCRISTO: HIJO INTIMAMENTE UNIDO AL PADRE

1. "Abbá-Padre mío": Todo lo que hemos dicho en la catequesis anterior, nos permite penetrar más profundamente en la única y excepcional relación del Hijo con el Padre, que encuentra su expresión en los Evangelios, tanto en los Sinópticos como en San Juan, y en todo el Nuevo Testamento. Si en el Evangelio de Juan son más numerosos los pasajes que ponen de relieve esta relación (podríamos decir "en primera persona"), en los Sinópticos (Mt y Lc) se encuentra, sin embargo, la frase que parece contener la clave de esta cuestión: "Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar" (Mt 11, 27 y Lc 10, 22).

El Hijo, pues, revela al Padre como Aquel que lo "conoce" y lo ha mandado como Hijo para "hablar" a los hombres por medio suyo (cf. Heb 1, 2) de forma nueva y definitiva. Más aún: precisamente este Hijo unigénito el Padre "lo ha dado" a los hombres para la salvación del mundo, con el fin de que el hombre alcance la vida eterna en El y por medio de El (cf. Jn 3, 16).

2. Muchas veces, pero especialmente durante la última Cena, Jesús insiste en dar a conocer a sus discípulos que está unido al Padre con un vínculo de pertenencia particular. "Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío", dice en la oración sacerdotal, al despedirse de los Apóstoles para ir a su pasión. Y entonces pide la unidad para sus discípulos actuales y futuros con palabras que ponen de relieve la relación de esa unión y "comunión" con la que existe sólo entre el Padre y el Hijo. En efecto, pide: "Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros y el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, a fin de que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno y conozca el mundo que tú me enviaste y amaste a éstos como me amaste a mí" (Jn 17, 21-23).

3. Al rezar por la unidad de sus discípulos y testigos, al revelar Jesús al mismo tiempo qué unidad, qué "comunión" existe entre El y el Padre: el Padre está "en el" Hijo y el Hijo "en el" Padre. Esta particular "inmanencia", la compenetración recíproca—expresión de la comunión de las personas—revela la medida de la recíproca pertenencia y la intimidad de la recíproca realización del Padre y del Hijo. Jesús la explica cuando afirma: "Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo es mío"

(Jn 17, 10). Es una relación de posesión recíproca en la unidad de esencia, y al mismo tiempo es una relación de don. De hecho dice Jesús: "Ahora saben que todo cuanto me diste viene de tí" (Jn 17, 7).

4. Se pueden captar en el Evangelio de Juan los indicios de la atención, del asombro y del recogimiento con que los Apóstoles escucharon estas palabras de Jesús en el Cenáculo de Jerusalén, la víspera de los sucesos pascuales. Pero la verdad de la oración sacerdotal de algún modo ya se había expresado públicamente con anterioridad el día de la solemnidad de la dedicación del templo. Al desafío de los que se habían congregado: "Si eres el Mesías, dínoslo claramente", Jesús responde: "Os lo dije y no creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de mí". Y a continuación afirma Jesús que los que lo escuchan y creen en El, pertenecen a su rebaño en virtud de un don del Padre: "Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco. . . Lo que mi Padre me dio es mejor que todo, y nadie podrá arrebatar nada de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos una sola cosa" (Jn 10, 24-30).

5. La reacción de los adversarios en este caso es violenta: "De nuevo los judíos trajeron piedras para apedrearlo". Jesús les pregunta por qué obras provenientes del Padre y realizadas por El lo quieren apedrear, y ellos responden: "Por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios". La respuesta de Jesús es inequívoca: "Si no hago las obras de mi Padre no me creáis; pero si las hago, ya que no me creéis a mí, creed a las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en mí y yo en el Padre" (cf. Jn 10, 31-38).

6. Tengamos bien en cuenta el significado de este punto crucial de la vida y de la revelación de Cristo. La verdad sobre el particular vínculo, la particular unidad que existe entre el Hijo y el Padre, encuentra la oposición de los judíos: Si tú eres el Hijo en el sentido que se deduce de tus palabras, entonces tú, siendo hombre, te haces Dios. En tal caso profieres la mayor blasfemia. Por lo tanto, los que lo escuchaban comprendieron el sentido de las palabras de Jesús de Nazaret: como Hijo, El es "Dios de Dios"—de la misma naturaleza que el Padre—, pero precisamente por eso no las aceptaron, sino que las rechazaron de la forma más absoluta, con toda firmeza. Aunque en el conflicto de ese momento no se llega a apedrearlo (cf. Jn 10, 39); sin embargo, al día siguiente de la oración sacerdotal en el Cenáculo, Jesús será sometido a muerte en la cruz. Y los judíos presentes gritarán: "Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz" (Mt 27, 40), y comentarán con escarnio: "Ha puesto su confianza en Dios; que El lo libre ahora, si es que lo quiere, puesto que ha dicho soy el Hijo de Dios" (Mt 27, 42-43).

7. También en la hora del Calvario Jesús afirma la unidad con el Padre. Como leemos en la Carta a los Hebreos: "Y aunque era Hijo, aprendió por sus padecimientos la obediencia" (Heb 5, 8). Pero esta "obediencia hasta la muerte" (cf. Flp 2, 8) era la ulterior y definitiva expresión de la intimidad de la unión con el Padre. En efecto, según el texto de Marcos, durante la agonía en la cruz, "Jesús. . . gritó: 'Eloi, Eloi, lamá sabactani?', que quiere decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mc 15, 34). Este grito—aunque las palabras manifiestan el sentido del abandono probado en su sicología de hombre sufriendo por nosotros—era la expresión de la más íntima unión del Hijo con el Padre en el cumplimiento de su mandato: "He llevado a cabo la obra que me encomendas—

te realizar" (cf. Jn 17, 4). En ese momento la unidad del Hijo con el Padre se manifestó con una definitiva profundidad divino-humana en el misterio de la redención del mundo.

8. También en el Cenáculo Jesús dice a los Apóstoles: "Nadie viene al Padre sino por mí. Si me habéis conocido, conoceréis también a mi Padre... Felipe le dijo: Señor, muéstranos al Padre y nos basta. Jesús le dijo: Felipe, ¿tanto tiempo ha que estoy con vosotros y aún no me habéis conocido? El que me ha visto (ve) a mí ha visto (ve) al Padre... ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?" (Jn 14, 6-10).

"Quien me ve a mí, ve al Padre". El Nuevo Testamento está todo repleto de la luz de esta verdad evangélica. El Hijo es "irradiación de su (del Padre) gloria", e "impronta de su substancia" (Heb 1, 3). Es "imagen del Dios invisible" (Col 1, 15). Es la epifanía de Dios. Cuando se hizo hombre, asumiendo "la condición de siervo" y "haciéndose obediente hasta la muerte" (cf. Flp 2, 7-8), al mismo tiempo se hizo para todos los que lo escucharon "el camino": el camino al Padre, con el que es "la verdad y la vida" (Jn 14, 6).

En la fatigosa subida para conformarse a la imagen de Cristo, los que creen en El, como dice San Pablo, "se revisten del hombre nuevo...", y "se renuevan sin cesar, para lograr el perfecto conocimiento de Dios" (cf. Col 3, 10), según la imagen de Aquel que es "modelo". Este es el sólido fundamento de la esperanza cristiana.

CATEQUESIS

JESUCRISTO VIENE EN LA POTENCIA DEL ESPÍRITU SANTO

1. "Salí del Padre y vine al mundo; de nuevo dejo el mundo y me voy al Padre" (Jn 16, 28). Jesucristo tiene el conocimiento de su origen del Padre: es el Hijo porque proviene del Padre. Como Hijo ha venido al mundo, mandado por el Padre. Esta misión (missio) que se basa en el origen eterno del Cristo-Hijo, de la misma naturaleza que el Padre, está radicada en El. Por ello en esta misión el Padre revela al Hijo y da testimonio de Cristo como su Hijo, mientras que al mismo tiempo el Hijo revela al Padre. Nadie, efectivamente, "conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el

Hijo y aquel a quien el Hijo quisiera revelárselo" (Mt 11, 27). El Hijo, que "ha salido del Padre", expresa y confirma la propia filiación en cuanto "revela al Padre" ante el mundo. Y lo hace no sólo con las palabras del Evangelio, sino también con su vida, por el hecho de que El completamente "vive por el Padre", y esto hasta el sacrificio de su vida en la cruz.

2. Esta misión salvífica del Hijo de Dios como Hombre, se lleva a cabo "en la potencia" del Espíritu Santo. Lo atestiguan numerosos pasajes de los Evangelios y todo el Nuevo Testamen-

to. En el Antiguo Testamento, la verdad sobre la estrecha relación entre la misión del Hijo y la venida del Espíritu Santo (que es también su "misión") estaba escondida, aunque también, en cierto modo, ya anunciada. Un presagio particular son las palabras de Isaías, a las cuales Jesús hace referencia al inicio de su actividad mesiánica en Nazaret: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos, para anunciar un año de gracia del Señor" (Lc 4, 17-19; cf. Is 61, 1-2).

Estas palabras hacen referencia al Mesías: palabra que significa "consagrado con unción" ("ungido"), es decir, aquel que viene en la potencia del Espíritu del Señor. Jesús afirma delante de sus paisanos que estas palabras se refieren a El: "Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír" (cf. Lc 4, 21).

3. Esta verdad sobre el Mesías que viene en el poder del Espíritu Santo encuentra su confirmación durante el bautismo de Jesús en el Jordán, también al comienzo de su actividad mesiánica. Particularmente denso es el texto de Juan que refiere las palabras del Bautista: "Yo he visto el Espíritu descender del cielo como paloma y posarse sobre El. Yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar en agua me dijo: Sobre quien vieres descender el Espíritu y posarse sobre El, éste es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo vi, y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios" (Jn 1, 32-34).

Por consiguiente, Jesús es el Hijo de Dios, aquel que "ha salido del Padre y ha venido al mundo" (cf. Jn 16, 28), para llevar el Espíritu San-

to: "para bautizar en el Espíritu Santo" (cf. Mc 1, 8), es decir, para instituir la nueva realidad de un nuevo nacimiento, por el poder de Dios, de los hijos de Adán manchados por el pecado. La venida del Hijo de Dios al mundo, su concepción humana y su nacimiento virginal se han cumplido por obra del Espíritu Santo. El Hijo de Dios se ha hecho hombre y ha nacido de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, en su potencia.

4. El testimonio que Juan da de Jesús como Hijo de Dios, está en estrecha relación con el texto del Evangelio de Lucas, donde leemos que en la Anunciación María oye decir que Ella "concebirá y dará a luz en su seno un hijo que será llamado Hijo del Altísimo" (cf. Lc 1, 31-32). Y cuando pregunta: "¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón?", recibe la respuesta: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios" (Lc 1, 34-35).

Si, entonces, el "salir del Padre y venir al mundo" (cf. Jn 16, 28) del Hijo de Dios como hombre (el Hijo del hombre), se ha efectuado en el poder del Espíritu Santo, esto manifiesta el misterio de la vida trinitaria de Dios. Y este poder vificante del Espíritu Santo está confirmado desde el comienzo de la actividad mesiánica de Jesús, como aparece en los textos de los Evangelios, sea de los sinópticos (Mc 1, 10; Mt 3, 16; Lc 3, 22) como de Juan (Jn 1, 32-34).

5. Ya en el Evangelio de la infancia, cuando se dice de Jesús que "la gracia de Dios estaba en El" (Lc 2, 40), se pone de relieve la presencia

santificante del Espíritu Santo. Pero es en el momento del bautismo en el Jordán cuando los Evangelios hablan mucho más expresamente de la actividad de Cristo en la potencia del Espíritu: "enseguida (después del bautismo) el Espíritu le empujó hacia el desierto...", dice Marcos (Mc 1, 12). Y en el desierto, después de un período de cuarenta días de ayuno el Espíritu de Dios permitió que Jesús fuese tentado por el espíritu de las tinieblas, de forma que obtuviese sobre él la primera victoria mesiánica (cf. Lc 4, 1-14). También durante su actividad pública, Jesús manifiesta numerosas veces la misma potencia del Espíritu Santo respecto a los endemoniados. El mismo lo resalta con aquellas palabras suyas: "si yo arrojo los demonios con el Espíritu de Dios, entonces es que ha llegado a vosotros el reino de Dios" (Mt 12, 28). La conclusión de todo el combate mesiánico contra las fuerzas de las tinieblas ha sido el acontecimiento pascual: la muerte en cruz y la resurrección de Quien ha venido del Padre en la potencia del Espíritu Santo.

6. También, después de la Ascensión, Jesús permaneció, en la conciencia de sus discípulos, como aquel a quien "ungió Dios con el Espíritu Santo y con poder" (Act 10, 38). Ellos recuerdan que gracias a este poder los hombres, escuchando las enseñanzas de Jesús, alababan a Dios y decían: "un gran profeta se ha levantado entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo" (Lc 7, 16). "Jamás hombre alguno habló como éste" (Jn 7, 46), y atestiguaban que, gracias a este poder, Jesús "hacía milagros, prodigios y señales" (cf. Act 2, 22), de esta manera "toda la multitud buscaba tocarle, porque salía de El una virtud que sanaba a todos" (Lc 6, 19). En todo lo que Jesús de Nazaret, el Hijo

del hombre, hacía o enseñaba, se cumplían las palabras del profeta Isaías (Is 42, 1) sobre el Mesías: "He aquí a mi siervo a quien elegí; mi amado en quien mi alma se complace. Haré descansar mi espíritu sobre él..." (Mt 12, 18).

7. Este poder del Espíritu Santo se ha manifestado hasta el final en el sacrificio redentor de Cristo y en su resurrección. Verdaderamente Jesús es el Hijo de Dios "que el Padre santificó y envió al mundo" (cf. Jn 10, 36). Respondiendo a la voluntad del Padre, El mismo se ofrece a Dios mediante el Espíritu como víctima inmaculada y esta víctima purifica nuestra conciencia de las obras muertas, para que podamos servir al Dios viviente (cf. Heb 9, 14). El mismo Espíritu Santo —como testimonia el Apóstol Pablo— "resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos" (Rom 8, 11), y mediante este "resurgir de los muertos" Jesucristo recibe la plenitud de la potencia mesiánica y es definitivamente revelado por el Espíritu Santo como "Hijo de Dios con potencia" (literalmente): "constituido Hijo de Dios, poderoso según el Espíritu de Santidad a partir de la resurrección de entre los muertos" (Rom 1, 4).

8. Así, pues, Jesucristo, el Hijo de Dios, viene al mundo por obra del Espíritu Santo, y como Hijo del hombre cumple totalmente su misión mesiánica en la fuerza del Espíritu Santo. Pero si Jesucristo actúa por este poder durante toda su actividad salvífica y al final en la pasión y en la resurrección, entonces es el mismo Espíritu Santo el que revela que El es el hijo de Dios. De modo que hoy, gracias al Espíritu Santo, la divinidad del Hijo, Jesús de Nazaret, resplandece ante el

mundo. Y "nadie —como escribe San Pablo— puede decir: 'Jesús el

Señor', sino en el Espíritu Santo" (1 Cor 12, 3).

CATEQUESIS

JESUCRISTO TRAE EL ESPIRITU SANTO A LA IGLESIA Y A LA HUMANIDAD

Jesucristo, el Hijo de Dios, que ha sido mandado por el Padre al mundo, llega a ser hombre por obra del Espíritu Santo en el seno de María, la Virgen de Nazaret, y en la fuerza del Espíritu Santo cumple como hombre su misión mesiánica hasta la cruz y la resurrección.

En relación a esta verdad (que constituía el objeto de la catequesis precedente), es oportuno recordar el texto de San Ireneo que escribe: "El Espíritu Santo descendió sobre el Hijo de Dios, que se hizo Hijo del hombre, habituándose El a habitar en el género humano, a descansar en los hombres, obras de Dios, llevando a cabo en ellos la voluntad del Padre transformando su vetustez en la novedad de Cristo" (Adv. haer. III, 17, 1).

Es un pasaje muy significativo que repite con otras palabras lo que hemos tomado del Nuevo Testamento, es decir, que el Hijo de Dios se ha hecho hombre por obra del Espíritu Santo y en su potencia ha desarrollado la misión mesiánica, para preparar de esta manera el envío y la venida a las almas humanas de este espíritu que "todo lo escudriña, hasta las profundidades de Dios" (1 Cor 2, 10), para renovar y consolidar su presencia y su acción santificante en la vida del hombre. Es interesante esta expresión de Ireneo, según el cual, el Espíritu Santo, obrando en el Hijo del hombre, "se habituaba junto a El a habitar en el género humano".

2. En el Evangelio de Juan leemos que "el último día, el día grande de la fiesta, se detuvo Jesús y gritó diciendo: 'Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. Al que cree en mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva manarán de sus entrañas'. Esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en El, pues aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado" (Jn 7, 37-39).

Jesús anuncia la venida del Espíritu Santo sirviéndose de la metáfora del "agua viva", porque "el espíritu es el que da la vida..." (Jn 6, 63). Los discípulos recibirán este Espíritu de Jesús mismo en el tiempo oportuno, cuando Jesús sea "glorificado": el Evangelista tiene en mente la glorificación pascual mediante la cruz y la resurrección.

3. Cuando este tiempo —o sea, la "hora" de Jesús— está ya cercano, durante el discurso en el cenáculo, Cristo repite su anuncio, y varias veces promete a los Apóstoles la venida del Espíritu Santo como nuevo Consolador (Paráclito).

Les dice así: "yo rogaré al Padre, y os dará otro Abogado que estará con voso-

tros para siempre: el Espíritu de verdad que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; vosotros le conocéis, porque permanece con vosotros y está en vosotros" (Jn 14, 16-17). "El Abogado, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ese os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho" (Jn 14, 26). Y más adelante: "Cuando venga el Abogado, que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, El dará testimonio de mí..." (Jn 15, 26).

Jesús concluye así: "Si no me fuere, el Abogado no vendrá a vosotros; pero, si me fuere, os lo enviaré. Y al venir éste, amonestará al mundo sobre el pecado, la justicia y el juicio..." (Jn 16, 7-8).

4. En los textos reproducidos, se contiene de una manera densa la revelación de la verdad sobre el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo (Sobre este tema me he detenido ampliamente en la Encíclica "Dominum et Vivificantem"). En síntesis, hablando a los Apóstoles en el cenáculo, la vigilia de su pasión, *Jesús une su partida, ya cercana, con la venida del Espíritu Santo*. Para Jesús se da una relación causal: El debe irse a través de la cruz y de la resurrección, para que el Espíritu de verdad pueda descender sobre los Apóstoles y sobre la Iglesia entera como el Abogado. Entonces el Padre mandará el Espíritu "en nombre del Hijo", lo mandará en la potencia del misterio de la Redención, que debe cumplirse por medio de este Hijo, Jesucristo. Por ello, es justo afirmar, como hace Jesús, que también el mismo Hijo lo mandará: "el Abogado que yo os enviaré de parte del Padre" (Jn 15, 26).

5. Esta promesa hecha a los Apóstoles en la vigilia de su pasión y muerte, Jesús la ha realizado el mismo día de su resurrección. Efectivamente, el Evangelio de Juan narra que, presentándose a los discípulos que estaban aún refugiados en el cenáculo, Jesús los saludó y mientras ellos estaban asombrados por este acontecimiento extraordinario, "sopló y les dijo: 'Recibid el Espíritu Santo; a quien perdonáreis los pecados, le serán perdonados; a quienes se los retuviereis, les serán retenidos'" (Jn 20, 22-23).

En el texto de Juan existe un subrayado teológico, que conviene poner de relieve: Cristo resucitado es el que se presenta a los Apóstoles y les "trae" el Espíritu Santo, el que en cierto sentido lo "da" a ellos en los signos de su muerte en cruz ("les mostró las manos y el costado": Jn 20, 20). Y siendo "el Espíritu que da la vida" (Jn 6, 63), los Apóstoles reciben junto con el Espíritu Santo la capacidad y el poder de perdonar los pecados.

6. Lo que acontece de modo tan significativo el mismo día de la resurrección, los otros Evangelistas lo distribuyen de alguna manera a lo largo de los días sucesivos, en los que Jesús continúa preparando a los Apóstoles para el gran momento, cuando en virtud de su partida el Espíritu Santo descenderá sobre ellos de una forma definitiva, de modo que su venida se hará manifiesta al mundo.

Este será también el momento del nacimiento de la Iglesia: "recibiréis el poder del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta el extremo de la tierra" (Act 1, 8). Esta promesa, que tiene relación directa con la venida del Paráclito, se ha cumplido el día de Pentecostés.

7. En síntesis, podemos decir que Jesucristo es aquel que proviene del Padre como eterno Hijo, es aquel que "ha salido" del Padre haciéndose hombre por obra

del Espíritu Santo. Y después de haber cumplido su misión mesiánica como Hijo del hombre, en la fuerza del Espíritu Santo "va al Padre" (cf. Jn 14, 21). Marchándose allí como Redentor del mundo, "da" a sus discípulos y manda sobre la Iglesia para siempre, el mismo Espíritu en cuya potencia El actuaba como hombre. De este modo Jesucristo, como aquel que "va al Padre", por medio del Espíritu Santo conduce "al Padre" a todos aquellos que lo seguirán en el transcurso de los siglos.

8. "Exaltado a la diestra de Dios, recibida del Padre la promesa del Espíritu Santo, (Jesucristo) le derramó" (Act 2, 33), dirá el Apóstol Pedro el día de Pentecostés. "Y, puesto que sois hijos, envié Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita: ¡Abbá!, ¡Padre!" (Gál 4, 6), escribía el Apóstol Pablo. El Espíritu Santo, que "procede del Padre" (cf. Jn 15, 26), es, al mismo tiempo, el Espíritu de Jesucristo: el Espíritu del Hijo.

9. Dios ha dado "sin medida" a Cristo el Espíritu Santo, proclama Juan Bautista, según el IV Evangelio. Y Santo Tomás de Aquino explica en su claro comentario que los profetas recibieron el Espíritu "con medida", y por ello, profetizaban "parcialmente". *Cristo, por el contrario, tiene el Espíritu Santo "sin medida":* ya como Dios, en cuanto el Padre mediante la generación eterna le da el soplar el Espíritu sin medida; ya como hombre, en cuanto que, mediante la plenitud de la gracia, Dios lo ha colmado de Espíritu Santo, para que lo efunda en todo creyente (cf. *Super Evang. S. Ioannis Lectura*, c. III, l. 6, nn. 541-544). El Doctor Angélico se refiere al texto de Juan (Jn 3, 34): "Porque aquel a quien Dios ha enviado habla palabras de Dios, pues Dios no le dio el espíritu con medida" (según la traducción propuesta por ilustres biblistas).

Verdaderamente podemos exclamar con íntima emoción, uniéndonos al Evangelista Juan: "De su plenitud todos hemos recibido" (Jn 1, 16); verdaderamente hemos sido hechos partícipes de la vida de Dios en el Espíritu Santo.

Y en este mundo de hijos del primer Adán, destinados a la muerte, vemos erigirse potente a Cristo, el "último Adán", convertido en "Espíritu vivificante" (1 Cor 15, 45).

CATEQUESIS

JESUCRISTO, REVELADOR DE LA TRINIDAD

1. Las catequesis sobre Jesucristo encuentran su núcleo en este tema central que nace de la Revelación: *Jesucristo*, el hombre nacido de la Virgen María, es el Hijo de Dios. Todos los Evangelios y los otros libros del Nuevo Testamento documentan esta

fundamental verdad cristiana, que en las catequesis precedentes hemos intentado explicar, desarrollando sus varios aspectos. *El testimonio evangélico* constituye la base del Magisterio solemne de la Iglesia en los Concilios, el cual se refleja en los símbolos

de la fe (ante todo en el niceno-constantinopolitano) y también, naturalmente, en la constante enseñanza ordinaria de la Iglesia, en su liturgia, en la oración y en la vida espiritual guiada y promovida por ella.

2. La verdad sobre Jesucristo, Hijo de Dios, constituye, en la autorrevelación de Dios, el punto clave mediante el cual se desvela el indecible misterio de un Dios único en la Santísima Trinidad. De hecho, según la Carta a los Hebreos, cuando Dios "últimamente en estos días, nos habló por su Hijo" (Heb 1, 2), ha desvelado la realidad de su vida íntima, de esta vida en la que El permanece en absoluta unidad en la divinidad, y al mismo tiempo es Trinidad, es decir, divina comunión de tres Personas. De esta comunión da testimonio directo el Hijo que "ha salido del Padre y ha venido al mundo" (cf. Jn 16, 28). Solamente El, El Antiguo Testamento, cuando Dios "habló... por ministerio de los profetas" (Heb 1, 1), no conocía este misterio íntimo de Dios. Ciertamente, algunos elementos de la revelación veterotestamentaria constituían la preparación de la evangélica y, sin embargo, sólo el Hijo podía introducirnos en este misterio. Ya que "a Dios nadie lo vio jamás": nadie ha conocido el misterio íntimo de su vida. Solamente el Hijo: "el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, ése le ha dado a conocer" (Jn 1, 18).

3. En el curso de las precedentes catequesis hemos considerado los principales aspectos de esta revelación, gracias a la cual la verdad sobre la filiación divina de Jesucristo nos aparece con plena claridad. Concluyendo ahora este ciclo de meditaciones, es bueno recordar algu-

nos momentos, en los cuales, junto a la verdad sobre la filiación divina del Hijo del hombre, Hijo de María, se desvela el misterio del Padre y del Espíritu Santo.

El primero cronológicamente es ya en el momento de la Anunciación, en Nazaret. Según el Angel, de hecho quien debe nacer de la Virgen es el Hijo del Altísimo, el Hijo de Dios. Con estas palabras, Dios es revelado como Padre y el Hijo de Dios es presentado como aquel que debe nacer por obra del Espíritu Santo: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti" (Lc 1, 35). Así, en la narración de la Anunciación se contiene el misterio trinitario: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Tal misterio está presente también en la teofanía ocurrida durante el bautismo de Jesús en el Jordán, en el momento que el Padre, a través de una voz de lo alto, da testimonio del Hijo "predilecto", y ésta va acompañada por el Espíritu "que bajó sobre Jesús en forma de paloma" (Mt 3, 16). Esta teofanía es casi una confirmación "visiva" de las palabras del profeta Isaías, a las que Jesús hizo referencia en Nazaret, al inicio de su actividad mesiánica: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió... me envió..." (Lc 4, 18; cf. Is 61, 1).

4. Luego, durante su ministerio, encontramos las palabras con las cuales Jesús mismo introduce a sus oyentes en el misterio de la divina Trinidad, entre las cuales está la "gozosa declaración" que hallamos en los Evangelios de Mateo (Mt 11, 25-27) y de Lucas (10, 21-22). Decimos "gozosa" ya que, como leemos en el texto de Lucas, "en aquella hora se sintió inundado de gozo en el Espíritu Santo" (Lc 10, 21) y dijo: "Yo te alabo, Padre, Señor del

cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios discretos y las revelaste a los pequeños. Sí, Padre, porque así te plugo. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo" (Mt 11, 25-27).

Gracias a esta "inundación de gozo en el Espíritu Santo", somos introducidos en las "profundidades de Dios", en las "profundidades" que sólo el Espíritu escudriña: en la íntima unidad de la vida de Dios, en la inescrutable comunión de las Personas.

5. Estas palabras tomadas de Mateo y de Lucas, armonizan perfectamente con muchas afirmaciones de Jesús que encontramos en el Evangelio de Juan, como hemos visto ya en las catequesis precedentes. Sobre todas ellas, domina la aserción de Jesús que desvela su unidad con el Padre: "Yo y el Padre somos una sola cosa" (Jn 10, 30). Esta afirmación se toma de nuevo y se desarrolla en la oración sacerdotal (Jn 17) y en todo el discurso con el que Jesús en el cenáculo prepara a los Apóstoles para su partida en el curso de los acontecimientos pascales.

6. Y propiamente aquí, en la óptica de esta "partida", Jesús pronuncia las palabras que de una manera definitiva revelan el misterio del Espíritu Santo y la relación en la que El se encuentra con respecto al Padre y el Hijo. El Cristo que dice: "Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí", anuncia al mismo tiempo a los Apóstoles la venida del Espíritu Santo y afirma: Este es "el Espíritu de verdad, que procede del Padre" (Jn 15, 26). Jesús añade que "rogará al Padre" para que este Espíritu de verdad sea dado

a los Apóstoles, para que "permanezca con ellos para siempre" como "Consolador" (cf. Jn 14, 16). Y asegura a los Apóstoles: "el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre" (cf. Jn 14, 26), para "dar testimonio de mí" (cf. Jn 15, 26). Todo ello, concluye Jesús, tendrá lugar después de su partida, durante los acontecimientos pascales, mediante la cruz y la resurrección: "Si me fuere, os lo enviaré" (Jn 16, 7).

7. "En aquel día vosotros sabréis que yo estoy en el Padre...", afirma aún Jesús, o sea, por obra del Espíritu Santo se clarificará plenamente el misterio de la unidad del Padre y del Hijo: "Yo en el Padre y el Padre en mí". Tal misterio, de hecho, lo puede aclarar sólo "El Espíritu que escudriña las profundidades de Dios" (cf. 1 Cor 2, 10), donde en la comunión de las Personas se constituye la unidad de la vida divina en Dios. Así se ilumina también el misterio de la Encarnación del Hijo, en relación con los creyentes y con la Iglesia, también por obra del Espíritu Santo. Dice de hecho Jesús: "En aquel día (cuando los Apóstoles reciban el Espíritu de verdad) conoceréis (no solamente) que yo estoy en el Padre, (sino también) que vosotros (estáis) en mí y yo en vosotros" (Jn 14, 20). La Encarnación es, pues, el fundamento de nuestra filiación divina por medio de Cristo, es la base del misterio de la Iglesia como cuerpo de Cristo.

8. Pero aquí es importante hacer notar que la Encarnación, aunque hace referencia directamente al Hijo, es "obra" de Dios Uno y Trino (Concilio Lat. IV). Lo testimonia ya el contenido mismo de la anunciación (cf. Lc 1, 26-38). Y después, durante todas sus enseñanzas, Jesús

ha ido "abriendo perspectivas cerradas a la razón humana" (*Gaudium et spes*, 24), las de la vida íntima de Dios Uno en la Trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Finalmente, cumplida su misión mesiánica, Jesús, al dejar definitivamente a los Apóstoles, *cuarenta días después del día de la resurrección*, realizó hasta el final lo que había anunciado: "Como me envié mi Padre, así os envío yo" (*Jn* 20, 21). De hecho, les dice: "Id, pues; enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del

Espíritu Santo" (*Mt* 28, 19).

Con estas palabras conclusivas del Evangelio, y antes de iniciarse el camino de la Iglesia en el mundo, Jesucristo entregó a ella la verdad suprema de su revelación: la indivisible Unidad en la Trinidad.

Y desde entonces, la Iglesia, admirada y adorante, puede confesar con el evangelista Juan, en la conclusión de prólogo del IV Evangelio, siempre con íntima conmoción: "A Dios nadie le vio jamás; Dios unigénito, que está en el seno del Padre, ése le ha dado a conocer" (*Jn* 1, 18).

CATEQUESIS

JESUCRISTO, VERDADERO DIOS Y VERDADERO HOMBRE

1. "Creo... en Jesucristo, su único Hijo (= de Dios Padre), nuestro Señor; que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, y nació de Santa María Virgen". El ciclo de catequesis sobre Jesucristo, que desarrollamos aquí, hace referencia constante a la verdad expresada en las palabras del Símbolo Apostólico que acabamos de citar. Nos presentan a *Cristo como verdadero Dios -Hijo del Padre- y, al mismo tiempo, como verdadero Hombre, Hijo de María Virgen*. Las catequesis anteriores nos han permitido ya acercarnos a esta verdad fundamental de la fe. Ahora, sin embargo, debemos tratar de profundizar su contenido esencial: debemos preguntarnos qué significa verdadero Dios y verdadero Hombre. Es ésta una realidad que se desvela ante los ojos de nuestra fe mediante la auto-revelación de Dios en Jesucristo. Y dado que ésta —como cualquier otra verdad revelada— sólo se puede acoger rectamente mediante la fe, entra aquí en juego el "rationabile obsequium fidei" el obsequio razonable de la fe. Las próximas catequesis, centradas en el misterio de Dios-Hombre, quieren favorecer una fe así.

2. Ya anteriormente hemos puesto de relieve que Jesucristo hablaba a menudo de sí, utilizando el apelativo de "Hijo del hombre" (*cf. Mt* 16, 28; *Mc* 2, 28). Dicho título estaba vinculado a la tradición mesiánica del Antiguo Testamento y al mismo tiempo, respondía a aquella "pedagogía de la fe", a la que Jesús recurría voluntariamente. En efecto, deseaba que sus discípulos y los que le escuchaban llegasen por sí solos al descubrimiento de que "el Hijo del hombre" era al

mismo tiempo el verdadero Hijo de Dios. De ello tenemos una demostración muy significativa en la profesión de Simón Pedro, hecha en los alrededores de Cesárea de Filipo, a la que nos hemos referido en las catequesis anteriores. Jesús provoca a los Apóstoles con preguntas y cuando Pedro llega al reconocimiento explícito de su identidad divina, confirma su testimonio llamándolo "bienaventurado tú, porque no es la carne ni la sangre quien esto te ha revelado sino mi Padre" (*cf. Mt* 16, 17). Es el Padre el que da testimonio del Hijo, porque sólo El conoce al Hijo (*cf. Mt* 11, 27).

3. Sin embargo, a pesar de la discreción con que Jesús actuaba aplicando ese principio pedagógico de que se ha hablado, la verdad de su filiación divina se iba haciendo cada vez más patente, debido a lo que El decía y especialmente a lo que hacía. Pero si para unos esto constituía objeto de fe, para otros era causa de contradicción y de acusación. Esto se manifestó de forma definitiva durante el proceso ante el Sanedrín. Narra el Evangelio de Marcos: "El Pontífice le preguntó y dijo: ¿Eres tú el Mesías, el Hijo del Bendito? Jesús dijo: Yo soy, y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo" (*Mc* 14, 61-62). En el Evangelio de Lucas la pregunta se formula así: "Luego, ¿eres tú el Hijo de Dios? Díjoles: vosotros lo decís, yo soy" (*Lc* 22, 70).

4. La reacción de los presentes es concorde: "Ha blasfemado... Acabáis de oír la blasfemia... Reo es de muerte" (*Mt* 26, 65-66). Esta acusación es, por decirlo así, fruto de una interpretación material de la ley antigua.

Efectivamente, leemos en el Libro del Levítico: "Quien blasfemare el nombre de Yavé será castigado con la muerte: toda la asamblea lo lapidará" (*Lev* 24, 16). Jesús de Nazaret, que ante los representantes oficiales del Antiguo Testamento declara ser el verdadero Hijo de Dios, pronuncia —según la convicción de ellos— una blasfemia. Por eso "reo es de muerte", y la condena se ejecuta, si bien no con la lapidación según la disciplina veterotestamentaria, sino con la crucifixión, de acuerdo con la legislación romana. Llamarse a sí mismo "Hijo de Dios" quería decir "hacerse Dios" (*cf. Jn* 10, 33), lo que suscitaba una protesta radical por parte de los custodios del monoteísmo del Antiguo Testamento.

5. Lo que al final se llevó a cabo en el proceso intentado contra Jesús, en realidad había sido ya antes objeto de amenaza, como refieren los Evangelios, particularmente el de Juan. Leemos en él repetidas veces que los que lo escuchaban querían apedrear a Jesús, cuando lo que oían de su boca les parecía una blasfemia. Descubrieron una tal blasfemia por ejemplo, en sus palabras sobre el tema del Buen Pastor (*cf. Jn* 10, 27. 29), y en la conclusión a la que llegó en esa circunstancia: "Yo y el Padre somos una sola cosa" (*Jn* 10, 30). La narración evangélica prosigue así: "De nuevo los judíos trajeron piedras para apedrearle. Jesús les respondió: Muchas obras os he mostrado de parte de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis? Respondieron los judíos: Por ninguna obra buena te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios" (*Jn* 10, 31-33).

6. Análoga fue la reacción a estas otras palabras de Jesús: "Antes que Abraham naciese, era yo" (*Jn* 8, 58). También aquí Jesús se halló ante una pregunta y una acusación idéntica: "¿Quién pretendes ser?" (*Jn* 8, 53), y la respuesta a tal pregunta tuvo como consecuencia la amenaza de lapidación (*cf. Jn* 8, 59).

Está, pues, claro, que si bien Jesús hablaba de sí mismo sobre todo como del "Hijo del hombre", sin embargo todo el conjunto de lo que hacía y enseñaba daba

testimonio de que *El era el Hijo de Dios* en el sentido literal de la palabra: es decir, que era una sola cosa con el Padre y por tanto: *también El era Dios, como el Padre*. Del contenido unívoco de este testimonio es prueba tanto el hecho de que El fue reconocido y escuchado por unos: "muchos creyeron en El" (cf. por ejemplo Jn 8, 30); como, todavía más, el hecho de que halló en otros una oposición radical, más aún, la acusación de blasfemia con la disposición a infligirle la pena prevista para los blasfemos en la Ley del Antiguo Testamento.

7. Entre las afirmaciones de Cristo relativas a este tema, resulta especialmente significativa la expresión: "YO SOY". El contexto en el que viene pronunciada indica que Jesús recuerda aquí la respuesta dada por Dios mismo a Moisés, cuando le dirige la pregunta sobre su Nombre: "Yo soy el que soy... Así responderás a los hijos de Israel: *Yo soy me manda a vosotros*" (Ex 3, 14). Ahora bien, Cristo se sirve de la misma expresión "Yo soy" en contextos muy significativos. Aquel del que se ha hablado, concerniente a Abraham: "Antes que Abraham naciese, ERA YO"; pero no sólo ése. Así, por ejemplo: "*si no creyereis que YO SOY, moriréis en vuestros pecados*" (Jn 8, 24), y también: "Cuando levanteis en alto al Hijo del hombre, entonces conoceréis que YO SOY" (Jn 8, 28), y asimismo: "Desde ahora os lo digo, antes de que suceda, para que, cuando suceda, creáis que YO SOY" (Jn 13, 19).

Este "Yo soy" se halla también en otros lugares de los Evangelios sinópticos (por ejemplo Mt 28, 20; Lc 24, 39); pero en las afirmaciones que hemos citado el uso del Nombre de Dios, propio del Libro del Exodo, aparece particularmente límpido y firme. Cristo habla de su "elevación" pascual mediante la cruz y la sucesiva resurrección: "Entonces conoceréis que YO SOY". Lo que quiere decir: entonces se manifestará claramente que yo soy aquel al que compete el Nombre de Dios. Por ello, con dicha expresión Jesús indica que es el verdadero Dios. Y aun antes de su pasión, El ruega al Padre así: "Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío" (Jn 17, 10), que es otra manera de afirmar: "Yo y el Padre somos una sola cosa" (Jn 10, 30).

Ante Cristo, Verbo de Dios encarnado unámonos también nosotros a Pedro y repitamos con la misma elevación de fe: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo" (Mt 16, 16).

CATEQUESIS

JESUCRISTO, VERBO ETERNO DE DIOS PADRE

1. En la catequesis anterior hemos dedicado una atención especial a las afirmaciones en las que Cristo habla de Sí utilizando la expresión "YO SOY". El contexto en el que aparecen tales afirmaciones, sobre todo en el Evangelio de Juan, nos permite pensar que al recurrir a dicha expresión Jesús hace referencia al Nombre con el que el Dios de la Antigua Alianza se califica a Sí mismo ante Moisés, en el momento de confiarle la misión a la que está llamado: "Yo soy el que soy... responderás a los hijos de Israel: YO SOY me manda a vosotros" (Ex 3, 14).

De este modo Jesús habla de Sí, por ejemplo, en el marco de la discusión sobre Abraham: "Antes que Abraham naciese, YO SOY" (Jn 8, 58). Ya esta expresión nos permite comprender que "el Hijo del Hombre" da testimonio de su divina preexistencia. Y tal afirmación no está aislada.

2. Más de una vez Cristo habla del misterio de su Persona, y la expresión más sintética parece ser ésta: "*Salí del Padre y vine al mundo; de nuevo dejo el mundo y me voy al Padre*" (Jn 16, 28). Jesús dirige estas palabras a los Apóstoles en el discurso de despedida, la vigilia de los acontecimientos pascuales. Indican claramente que antes de "venir" al mundo Cristo "estaba" junto al Padre como Hijo. Indican, pues, su preexistencia en Dios. Jesús da a comprender claramente que su existencia terrena

no puede separarse de dicha preexistencia en Dios. Sin ella su realidad personal no se puede entender correctamente.

3. Expresiones semejantes las hay numerosas. Cuando Jesús alude a la propia venida desde el Padre al mundo, con sus palabras hace referencia generalmente a su preexistencia divina. Esto está claro de modo especial en el Evangelio de Juan. Jesús dice ante Pilato: "Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad" (Jn 18, 37); y quizás no carece de importancia el hecho de que Pilato le pregunte más tarde: "¿De dónde eres tú?" (Jn 19, 9). Y antes aún leemos: "Mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde vengo y a dónde voy" (Jn 8, 14). A propósito de ese "¿De dónde eres tú?", en el coloquio nocturno con Nicodemo podemos escuchar una declaración significativa: "Nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo" (Jn 3, 13). Esta "venida" del cielo, del Padre, indica la "preexistencia" divina de Cristo incluso en relación con su "marcha": "¿Qué sería si vierais al Hijo del hombre subir allí donde estaba antes?", pregunta Jesús en el contexto del "discurso eucarístico" en las cercanías de Cafarnaún (cf. Jn 6, 62).

4. Toda la existencia terrena de Jesús como Mesías resulta de aquel "antes" y a él se vincula de nuevo

como a una "dimensión" fundamental, según la cual el Hijo es "una sola cosa" con el Padre. ¡Cuán elocuentes son, desde este punto de vista, las palabras de la "oración sacerdotal" en el Cenáculo!: "Yo te he glorificado sobre la tierra llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora tú, Padre, glorifícame cerca de ti mismo con la gloria que tuve cerca de ti antes que el mundo existiese" (Jn 17, 4-5).

También los Evangelios sinópticos hablan en muchos pasajes sobre la "venida" del Hijo del hombre para la salvación del mundo (cf. por ejemplo Lc 19, 10; Mc 10, 45; Mt 20, 28); sin embargo, los textos de Juan contienen una referencia especialmente clara a la preexistencia de Cristo.

5. La síntesis más plena de esta verdad está contenida en el *Prólogo del cuarto Evangelio*. Se puede decir que en dicho texto la verdad sobre la preexistencia divina del Hijo del hombre adquiere una ulterior explicación, en cierto sentido definitiva: "Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba al principio en Dios. Todas las cosas fueron hechas por El... En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas no la acogieron" (Jn 1, 1-5).

En estas frases el Evangelista confirma lo que Jesús decía de Sí mismo, cuando declaraba: "Salí del Padre y vine al mundo" (Jn 16, 28), cuando rogaba que el Padre lo glorificase con la gloria que El tenía cerca de El antes que el mundo existiese (cf. Jn 17, 5). Al mismo tiempo la preexistencia del Hijo en el Padre se vincula estrechamente con la revelación del misterio trinitario de Dios: el Hijo es el Verbo eterno, es "Dios de Dios", de la misma naturaleza que el Padre (como se

expresará el Concilio de Nicea en el Símbolo de la fe). La fórmula conciliar refleja precisamente el Prólogo de Juan: "El Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios". Afirmar la preexistencia de Cristo en el Padre equivale a reconocer su divinidad. A su naturaleza, como a la naturaleza del Padre, pertenece la eternidad. Esto se indica con la referencia a la preexistencia eterna en el Padre.

6. El *Prólogo de Juan*, mediante la revelación de la verdad sobre el Verbo contenida en él, constituye como el complemento definitivo de lo que ya el *Antiguo Testamento* había dicho de la Sabiduría. Véanse, por ejemplo, las siguientes afirmaciones: "Desde el principio y antes de los siglos me creó y hasta el fin no dejaré de ser" (Ecl 24, 14); "El que me creó reposó en mi tienda. Y me dijo: Pon tu tienda en Jacob" (Ecl 24, 12-13). La Sabiduría de que habla el *Antiguo Testamento*, es una criatura y al mismo tiempo tiene atributos que la colocan por encima de todo lo creado: "Siendo una, todo lo puede, y permaneciendo la misma, todo lo renueva" (Sab 7, 27).

La verdad sobre el Verbo contenida en el Prólogo de Juan, confirma en cierto sentido la revelación acerca de la sabiduría presente en el *Antiguo Testamento*, y al mismo tiempo la trasciende de modo definitivo: el Verbo no sólo "está en Dios" sino que "es Dios". Al venir a este mundo en la persona de Jesucristo, el Verbo "viene entre su gente", puesto que "el mundo fue hecho por medio de El" (cf. Jn 1, 10-11). Vino a "los suyos", porque es "la luz verdadera que ilumina a todo hombre" (cf. Jn 1, 9). La autorrevelación de Dios en Jesucristo consiste en esta "venida" al mundo del Verbo, que es el Hijo eterno.

7. "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros", y hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad" (Jn 1, 14). Digámoslo una vez más: el Prólogo de Juan es el eco eterno de las palabras con las que Jesús dice: "salí del Padre y vine al mundo" (Jn 16, 28), y de aquellas con las que ruega que el Padre lo glorifique con la gloria que El tenía cerca de El antes que el mundo existiese (cf. Jn 17, 5). El Evangelista tiene ante los ojos la revelación veterotestamentaria acerca de la Sabiduría y al mismo tiempo todo el acontecimiento pascual: la marcha mediante la cruz y la resurrección, en las que la verdad sobre Cristo, Hijo del hombre y verdadero Dios, se ha hecho completamente clara a cuantos han sido sus testigos oculares.

8. En estrecha relación con la revelación del Verbo, es decir, con la divina preexistencia de Cristo, halla también confirmación la verdad sobre el Emmanuel. Esta palabra —que en la traducción literal significa "Dios con nosotros"— expresa una presencia particular y personal de Dios en el mundo. Ese "YO SOY" de Cristo manifiesta precisamente esta presencia ya preanunciada por Isaías (cf. Is 7, 14), proclamada siguiendo las huellas del Profeta en el Evangelio de Mateo (cf. Mt 1, 23), y confirmada en el Prólogo de Juan: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1, 14). El lenguaje de los Evangelistas es multiforme, pero la verdad que expresan es la misma. En los sinópticos Jesús pronuncia su "yo estoy con vosotros" especialmente en los momentos difíciles, como por ejemplo: Mt 14, 27; Mc 6, 50; Jn 6, 20, con ocasión de la tempestad que se calma, como también en la perspectiva de la misión apostólica de la Iglesia: "Yo

estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo" (Mt 28, 20).

9. La expresión de Cristo: "Salí del Padre y vine al mundo" (Jn 16, 28) contiene un significado salvífico, soteriológico. Todos los Evangelistas lo manifiestan. El Prólogo de Juan lo expresa en las palabras: "A cuantos lo recibieron (= al Verbo), díoles poder de venir a ser hijos de Dios", la posibilidad de ser engendrados de Dios (cf. Jn 1, 12-13).

Esta es la verdad central de toda la soteriología cristiana, vinculada orgánicamente con la realidad revelada del Dios-hombre. Dios se hizo hombre a fin de que el hombre pudiese participar realmente de la vida de Dios, más aún, pudiese llegar a ser él mismo, en cierto sentido, Dios. Ya los antiguos Padres de la Iglesia tuvieron claro conocimiento de ello. Baste recordar a San Ireneo, el cual, exhortando a seguir a Cristo, único maestro verdadero y seguro, afirmaba: "Por su inmenso amor El se ha hecho lo que nosotros somos, para darnos la posibilidad de ser lo que El es" (cf. *Adversus haereses*, V, Praef.: PG 7, 1120).

Esta verdad nos abre horizontes ilimitados, en los cuales situar la expresión concreta de nuestra vida cristiana, a la luz de la fe en Cristo, Hijo de Dios, Verbo del Padre.

CATEQUESIS

"YO SOY EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA"

JESUCRISTO REFIERE A SÍ MISMO LOS ATRIBUTOS DIVINOS

1. El ciclo de las catequisis sobre Jesucristo tiene como centro la realidad revelada del *Dios-Hombre*. Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Esta es la realidad expresada coherentemente en la verdad de la *unidad inseparable de la persona de Cristo*. Sobre esta verdad no podemos tratar de modo desarticulado y, mucho menos, separando un aspecto del otro. Sin embargo, por el carácter analítico y progresivo del conocimiento humano y, también en parte, por el modo de proponer esta verdad, que encontramos en la fuente misma de la Revelación —ante todo la Sagrada Escritura—, debemos intentar indicar aquí, en primer lugar, lo que demuestra la divinidad, y, por tanto, lo que demuestra la humanidad del único Cristo.

2. *Jesucristo es verdadero Dios*. Es Dios-Hijo, consubstancial al Padre (y al Espíritu Santo). En la expresión "YO SOY", que Jesucristo utiliza al referirse a su propia persona, encontramos un eco del nombre con el cual Dios se ha manifestado a Sí mismo hablando a Moisés (cf. Ex 3, 14). Ya que Cristo se aplica a Sí mismo aquel "YO SOY" (cf. Jn 13, 19), hemos de recordar que este nombre define a Dios no solamente en cuanto *Absoluto* (Existencia en sí del Ser por Sí mismo), sino también como *El que ha establecido la Alianza con Abraham* y con su descendencia y que, en virtud de la Alianza, envía a Moisés a liberar a Israel (es decir, a los descendientes de Abraham) de la esclavitud de Egipto. Así, pues, aquel "YO SOY" contiene en sí también un *significado soteriológico*, habla del Dios de la Alianza que está con el hombre (como con Israel) para salvarlo. Indirectamente habla del Emmanuel (cf. Is 7, 14), el "Dios con nosotros".

3. El "YO SOY" de Cristo (sobre todo en el Evangelio de Juan) debe entenderse del mismo modo. Sin duda indica la Preexistencia divina del Verbo Hijo (hemos hablado de este tema en la catequisis precedente), pero, al mismo tiempo, reclama el cumplimiento de la profecía de Isaías sobre el Emmanuel, el "Dios con nosotros". "YO SOY" significa pues —tanto en el Evangelio de Juan como en los Evangelios sinópticos—, también "Yo estoy con vosotros" (cf. Mt 28, 20). "Sálvate del Padre y vine al mundo" (Jn 16, 28), "... a buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lc 19, 10). La verdad sobre la salvación (la *soteriología*), ya presente en el Antiguo Testamento mediante la revelación del nombre de Dios, se reafirma y expresa hasta el fondo por la autorrevelación de Dios en Jesucristo. Justamente en este sentido "el Hijo del hombre" es verdadero Dios: Hijo de la misma naturaleza del Padre, que ha querido estar "con nosotros" para salvarnos.

4. Hemos de tener constantemente presentes estas consideraciones preliminares cuando intentamos recabar del Evangelio todo lo que revela la Divinidad de Cristo. Algunos pasajes evangélicos importantes desde este punto de vista, son los siguientes: ante todo, el último coloquio del Maestro con los Apóstoles, en la vigilia de la pasión, cuando habla de "la casa del Padre", en la cual El va a prepararles un lugar (cf. Jn 14, 1-3). Respondiendo a Tomás que le preguntaba sobre el camino, Jesús dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida". Jesús es el camino porque ninguno va al Padre sino por medio de El (cf. Jn 14, 6). Más aún: quien lo ve a El, ve al Padre (cf. Jn 14, 9). "¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?" (Jn 14, 10). Es bastante fácil darse cuenta de que, en tal contexto, ese proclamarse "verdad" y "vida" equivale a referir a Sí mismo atributos propios del Ser divino: Ser-Verdad, Ser-Vida.

Al día siguiente Jesús dirá a Pilato: "Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad" (Jn 18, 37). El testimonio de la verdad puede darlo el hombre, pero "ser la verdad" es un atributo exclusivamente divino. Cuando Jesús, en cuanto verdadero hombre, da testimonio de la verdad, tal testimonio tiene su fuente en el hecho de que El mismo "es la verdad" en la subsistente verdad de Dios: "Yo soy... la verdad". Por esto El puede decir también que es "la luz del mundo", y así, quien lo sigue, "no anda en tinieblas, sino que tendrá luz de vida" (cf. Jn 8, 12).

5. Análogamente, todo esto es válido también para la otra palabra de Jesús: "Yo soy... la vida" (Jn 14, 6). El hombre, que es una criatura, puede "tener la vida", la puede incluso "dar", de la misma manera que Cristo "da" su vida para la salvación del mundo (cf. Mc 10, 45 y paralelos). Cuando Jesús habla de este "dar la vida", se expresa como verdadero hombre. Pero El "es la vida" porque es *verdadero Dios*. Lo afirma El mismo antes de resucitar a Lázaro, cuando dice a la hermana del difunto, Marta: "Yo soy la resurrección y la vida" (Jn 11, 25). En la resurrección confirmará definitivamente que la vida que El tiene como Hijo del hombre no está sometido a la muerte. Porque El es la Vida, y, por tanto, es Dios. Siendo la Vida, El puede hacer partícipes de ésta a los demás: "El que cree en mí, aunque muera vivirá" (Jn 11, 25). Cristo puede convertirse también —en la Eucaristía— en "el pan de la vida" (cf. Jn 6, 35, 48), "el pan vivo bajado del cielo" (Jn 6, 51). También en este sentido Cristo se compara con la *vid*, la cual vivifica los sarmientos que permanecen injertados en El (cf. Jn 15, 1), es decir, a todos los que forman parte de su Cuerpo místico.

6. A estas expresiones tan transparentes sobre el misterio de la Divinidad escondida en el "Hijo del hombre", podemos añadir alguna otra, en la que el mismo concepto aparece revestido de imágenes que pertenecen ya al Antiguo Testamento y, especialmente, a los Profetas, y que Jesús atribuye a Sí mismo.

Este es el caso, por ejemplo, de la *imagen del Pastor*. Es muy conocida la parábola del Buen Pastor en la que Jesús habla de Sí mismo y de su misión salvífica: "Yo soy el buen pastor; el buen pastor da su vida por las ovejas" (Jn 10, 11). En el libro de Ezequiel leemos: "Porque así dice el Señor Yahvé: Yo mismo iré a buscar a mis ovejas y las reuniré... Yo mismo apacentaré a mis ovejas y yo mismo las llevaré a la majada... buscaré la oveja perdida, traeré a la extraviada, venderé la perniquebrada y curaré la enferma... apacentaré con justicia" (Ez 34, 11, 15-16). "Rebaño mío, vosotros sois las ovejas de mi grey, y yo soy vuestro Dios" (Ez 34, 31). Una imagen parecida la encontramos también en Jeremías (cf. 23, 3).

7. Hablando de Sí mismo como del Buen Pastor, Cristo indica su misión redentora ("Doy la vida por las ovejas"); al mismo tiempo, dirigiéndose a los oyentes que conocían las profecías de Ezequiel y de Jeremías, indica con bastante claridad su identidad con Aquel que en el Antiguo Testamento había hablado de Sí mismo como de un Pastor diligente, declarando: "Yo soy vuestro Dios" (Ez 34, 31).

En la enseñanza de los Profetas, el Dios de la Antigua Alianza se ha presentado también como el Esposo de Israel, su pueblo. "Porque tu marido es tu Hacedor, Yavé de los ejércitos es su nombre, y tú Redentor es el Santo de Israel" (Is 54, 5; cf. también Os 2, 21-22). Jesús hace referencia más de una vez a esta semejanza en sus enseñanzas (cf. Mc 2, 19-20 y paralelos; Mr 25, 1-12; Lc 12, 36; también Jn 3, 27-29). Estas serán sucesivamente desarrolladas por San Pablo, que en sus Cartas presenta a Cristo como el Esposo de su Iglesia (cf. Ef 5, 25-29).

8. Todas estas expresiones, y otras similares, usadas por Jesús en sus enseñanzas, adquieren significado pleno si las releemos en el contexto de lo que El hacía y decía. Estas expresiones constituyen las "unidades temáticas", que, en el ciclo de las presentes catequesis sobre Jesucristo, han de estar constantemente unidas al conjunto de las meditaciones sobre el Hombre-Dios.

Cristo: verdadero Dios y verdadero hombre. "YO SOY" como nombre de Dios indica la Esencia divina, cuyas propiedades o atributos son: la Verdad, la Luz, la Vida, y lo que se expresa también mediante las imágenes del Buen Pastor o del Esposo. Aquel que dijo de Sí mismo: "Yo soy el que soy" (Ex 3, 14), se presentó también como el Dios de la Alianza, como el Creador y, a la vez, el Redentor, como el Emmanuel: Dios que salva. Todo esto se confirma y actúa en la Encarnación de Jesucristo.

EL ROMANO PONTIFICE INAUGURA EL AÑO MARIANO

EL ESPÍRITU SANTO Y LA VIRGEN MARIA EN EL MISTERIO DE CRISTO Y DE LA IGLESIA A LA LUZ DEL CONCILIO VATICANO II, DE CARA AL TERCER MILENIO DEL CRISTIANISMO

HOMILIA DURANTE LA VIGILIA DE PENTECOSTES EN LA PLAZA DE SAN PEDRO

1. "Recibid el Espíritu Santo". Era la tarde del "primer día de la semana" (cf. Jn 20, 19), es decir, el día de la resurrección. Aquella tarde Cristo entró en el Cenáculo, donde estaban reunidos los Apóstoles, sopló sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo".

Cristo, crucificado tres días antes, depositado en el sepulcro, ahora se encuentra de nuevo vivo entre sus Apóstoles. En sus manos, en sus pies y en el costado lleva todavía las cicatrices de la crucifixión. Precisamente por medio de estas cicatrices, por medio del sacrificio del que éstas son una viva expresión —sacrificio que obtiene el perdón, por el cual, el mundo fue admitido a la reconciliación con el Padre—, el Hijo da el Espíritu Santo a la Iglesia. He aquí pues que en El se abre hasta el final la "plenitud de los tiempos" (Gál 4, 4); la etapa definitiva de la historia de la salvación, el contacto de Dios con la humanidad.

2. "Recibid el Espíritu Santo". Este Don, que es el Espíritu, está unido a la misión. En efecto, Cristo añade enseguida: "a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retenáis, les quedan retenidos" (Jn 20,

23). La reconciliación con Dios por medio de la sangre del Hijo es la redención. La redención fructifica con la gracia de la absolución. Aquel a quien se le perdona el pecado, nace al mismo tiempo a una vida nueva en Dios. El Espíritu Santo es el artífice de esta vida en cada uno de nosotros. El es el oculto dispensador de la santidad en el hombre, de su unión con Dios: con el Padre, en el Hijo. Los Apóstoles reciben este ministerio divino para la Iglesia como poder sacramental. Este poder está vinculado íntimamente al sacrificio de la cruz, y al mismo tiempo depende directamente de la potencia del Espíritu de la verdad: El Paráclito.

"Recibid el Espíritu Santo".

3. Hoy se cumplen los cincuenta días de aquella tarde. Desde la medianoche empieza la fiesta de Pentecostés, que está unida orgánicamente a la de Pascua.

Durante aquellos cincuenta días Jesús resucitado había preparado a los Apóstoles para el encuentro con el Don del Padre y del Hijo. Esto lo había hecho personalmente hasta el día de su ascensión a los cielos. Después les había ordenado que volvieran al Cenáculo, que fueran así-

duos en la oración esperando la venida de "otro Abogado" (Jn 14, 16). Y este día llega. Ya ha comenzado. Dentro de unas horas se manifestará al mundo el hecho de que los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo, que acogieron el Don, el cual actúa con gran fuerza en ellos y por medio de ellos. Testigos de este hecho serán no sólo los habitantes de Jerusalén, sino también los forasteros llegados allí desde diversas partes. La lectura, tomada de los Hechos de los Apóstoles, elenca los nombres de los habitantes de aquellos países del mundo a los que, enseguida, el primer día, llegó el mensaje de la salvación. Como palabra y como sacramento. Y fue un mensaje que encontró una tierra fértil. El Espíritu que actuaba a través del testimonio de los Apóstoles, concretamente con las palabras de Pedro, actuaba también en los corazones de quienes lo escuchaban.

4. Los Apóstoles tuvieron ocasión de confesar ante todos que "Jesucristo es el Señor" (cf. 1 Cor 12, 3; Filip 2, 11). El que había sido condenado a muerte y crucificado, se reveló como el Señor del cielo y de la tierra en su resurrección. El no es un Señor que se parezca a un soberano de esta tierra. El es el Señor de la salvación eterna.

Pedro anunció precisamente esto el día de Pentecostés. En efecto, de esto dieron testimonio los Apóstoles. Esto fue lo que realizó el Espíritu Santo primero en ellos y luego en todos los que participaron en el acontecimiento de Jerusalén. Sí. El Espíritu Santo. "Nadie puede decir 'Jesús es Señor', si no es bajo la acción del Espíritu Santo" (1 Cor 12, 3). Nadie sin El puede pronunciar ni aceptar esta palabra de salvación. Ambos efectos son obra del Espíritu de la verdad.

5. Por tanto, desde el día de Pentecostés, comienza a propagarse a través de la historia de los pueblos y de las naciones la palabra salvífica del Evangelio. Aquel día empieza el camino del Pueblo de Dios de la Nueva Alianza, así como la noche de Pascua empezó el camino de Israel desde la casa de la esclavitud hacia la tierra prometida. El día de Pentecostés en Jerusalén nace la Iglesia: el Israel de la Nueva Alianza. Y comienza el camino de la fe, de la esperanza y de la caridad a través de todas las generaciones humanas, un camino que dura ya desde hace casi dos mil años.

Al principio de este camino de la fe se encuentra el Cenáculo de Jerusalén, y los Apóstoles reunidos allí junto con María, Madre de Cristo.

Ella ya antes —más de treinta años antes— había recibido el Espíritu Santo. Esto tuvo lugar cuando acogió el anuncio del ángel: "El Espíritu Santo vendrá sobre tí... el hijo engendrado... será llamado Hijo de Dios" (Lc 1, 35).

"Nadie puede decir: 'Jesús es el Señor', sino en el Espíritu Santo". María fue la primera en experimentar en sí misma esta ayuda. Ella fue la primera que acogió a Jesús como hijo de su virginidad. La primera que aceptó mediante la fe también la verdad sobre su reino, destinado a durar por todos los siglos: "Y su reino no tendrá fin" (Lc 1, 33).

Y con esta fe María caminó constantemente junto a Jesús durante los años de su vida terrena, hasta la cruz en el Gólgota.

6. Ahora, Aquella que es "dichosa porque ha creído" (cf. Lc 1, 45), está con los Apóstoles en el Cenáculo el día de Pentecostés, cuando nace la Iglesia y empieza la gran peregrinación del Pueblo de la Nueva Alianza a través de la historia.

Al comienzo de esta peregrinación, el día mismo de la venida del Espíritu de verdad y de poder sobre los Apóstoles, Ella está presente en medio de ellos. E, incluso después de su marcha de este mundo, continuará presente en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

Ella caminará "la primera" en la gran peregrinación de la fe, de la esperanza y de la caridad, delante de todas las generaciones del Pueblo de Dios sobre esta tierra.

Por ello la Iglesia, que a lo largo del camino de esta peregrinación se acerca ya al final del segundo milenio después de Cristo, comienza, precisamente en la solemnidad de Pentecostés que celebramos hoy, el "Año Mariano". Es una coincidencia, y casi una convergencia de acontecimientos, que es muy significativa y que conviene subrayar: en aquel día histórico en que descendió el Espíritu Santo sobre la Iglesia, encontramos a María; también en este día de hoy, en el que de nuevo descende el Espíritu, tenemos que encontrar a María.

El Obispo de Roma se une en esta solemnidad a todos sus hermanos en el Episcopado, sucesores de los Apóstoles, para profundizar, con toda la Iglesia en la perspectiva del nuevo milenio, la conciencia de la presencia de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia, como ha enseñado el Concilio Vaticano II (cf. Const. Dogm. *Lumen gentium*, cap. 8). Una vez más dirige a todos los hijos e hijas de la Iglesia la invitación a meditar, a confiar, a contar con esta presencia para superar así las dificultades, para caminar ligeros bajo el soplo potente del Espíritu, tras las huellas de su divino Hijo.

7. La Iglesia, que está en Roma, se ha reunido esta noche para expresar

de un modo particular su participación en la obra de renovación iniciada por el Concilio Vaticano II. Desde hace ya un año, dicha participación ha tomado la forma de un "Sínodo", que la Iglesia romana, en todos sus componentes, ha comenzado a preparar bajo la guía de su Obispo, coadyuvado por el cardenal Vicario.

Hoy, en el ámbito de esta "vigilia sagrada", que señala a la vez el comienzo del día de Pentecostés de 1987 y la inauguración del Año Mariano, deseo dar gracias a Dios por los frutos del trabajo inicial de estudio y de sensibilización que ha permitido definir la finalidad y el tema del Sínodo: "La comunión y la misión de la Iglesia de Dios que está en Roma, en los umbrales del tercer milenio". Y ahora declaro abierta la fase preparatoria del Sínodo Pastoral Romano. Para proseguir el camino sinodal, se han constituido ya las comisiones de estudio encargadas de predisponer los instrumentos de trabajo sobre la temática pastoral que, con el aporte de todas las instancias de la comunidad diocesana, serán presentadas al examen de la Asamblea sinodal. Formulo ya desde ahora mi ardiente deseo de que todos los "bautizados en un mismo Espíritu y que han bebido del mismo Espíritu" (cf. 1 Cor 12, 13) contribuyan, mediante los trabajos del Sínodo, a la edificación de un solo cuerpo, que es el Cuerpo de Cristo. Deseo de todo corazón que, a través de los múltiples dones y de los diversos ministerios, "en cada uno se manifieste el Espíritu para el bien común" (1 Cor 12, 7).

¡Amados hermanos y hermanas! ¡Queridos fieles de Roma! Esta es nuestra parte especial en la peregrinación de todo el Pueblo de Dios, en la que durante todo el arco del próximo año, deseamos sentir viva y operante la guía y protección de la

Madre de Dios; su maternal presencia e intercesión.

8. "Recibid el Espíritu Santo".
Que El llene los corazones de sus fieles.
Que El encienda en ellos el fuego de su amor.

El, el Paráclito-Consolador.
El, el Padre de los pobres.
El, la Luz de los corazones.
El, el Dador de los dones.
El, el dulce Huésped del alma.
¡Oh luz beatísima, llena íntimamente los corazones de tus fieles!
Amén.

EL PAPA CONMEMORA EL XXV ANIVERSARIO DE LA INAUGURACION DEL CONCILIO ECUMENICO VATICANO II

HOMILIA

1. "El Señor es mi pastor" (Sal 22/23, 1).

¡Cuán a menudo pronuncia la Iglesia estas palabras! Hoy desea pronunciarlas con espíritu de particular gratitud y con renovada voluntad de total confianza.

Hoy, 11 de octubre, cae efectivamente el XXV aniversario del comienzo del Concilio Vaticano II. ¿Y qué ha sido este Concilio sino una enésima confirmación del amor y de la vigilante solicitud del Señor, que es el Buen Pastor de su Iglesia?

En el tiempo oportuno El reunió a sus siervos, los obispos de todo el mundo, quienes, acogiendo la llamada de Pedro en la persona de su Sucesor Juan XXIII, vinieron a la colina Vaticana para emprender un trabajo común al servicio del rebaño que se les había confiado.

Apareció claro, una vez más que el Buen Pastor conduce su rebaño hacia "fuentes tranquilas", donde las ovejas pueden apagar la sed de sus almas. Apareció claro que El encuentra para ellas las "verdes praderas" y que prepara la mesa del Evangelio al calor de la comunidad fraterna.

Aquellos a quienes les fue dado participar, durante los años 1962-1965, en los trabajos del Concilio en esta basílica de San Pedro, no olvidarán nunca qué bendición es habitar en la casa del Señor. Qué bendición es estar reunidos en el Espíritu de verdad, que nos enseña constantemente toda verdad y nos permite sentir siempre de nuevo ese consuelo que trae la presencia de Cristo, el Buen Pastor. "Tu vara y tu cayado me sosiegan" (Sal 22/23, 4).

2. Sí, el Concilio Vaticano II fue un momento singular, en el que la Iglesia de nuestro tiempo experimentó la presencia iluminadora y confortante del Buen Pastor.

El significado fundamental del gran evento eclesial, sus razones, sus fines, sus esperanzas, fueron trazados en ese admirable discurso que el Papa Juan XXIII pronunció hace veinticinco años, precisamente en este día, con motivo de la solemne apertura del Concilio.

"Los Concilios Ecuménicos —afirmaba— siempre que ocurren, son celebración solemne de la unión de Cristo y de su Iglesia, y por eso conducen a una irradiación universal de verdad, a la recta dirección de la vida individual, familiar y social; al robustecimiento de las energías espirituales, en elevación perenne hacia los bienes verdaderos y eternos... Lo que principalmente atañe al Concilio es esto: que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado de forma cada vez más eficaz". Y lo explicaba diciendo que "de la adhesión renovada, serena y tranquila a todas las enseñanzas de la Iglesia, en su integridad y precisión, como todavía resplandecen en las actas conciliares desde Trento al Vaticano I, el espíritu cristiano, católico y apostólico del mundo entero, espera un paso adelante hacia una penetración doctrinal y una formación de las conciencias; es necesario que esta doctrina cierta e inmutable, que debe ser fielmente respetada, se profundice y se presente de modo que responda a las exigencias de nuestro tiempo. En efecto, una cosa es el depósito mismo de la fe, es decir, las verdades que se contienen en nuestra venerable doctrina, y otra cosa es la forma como éstas se enuncian, conservando, no obstante, en ellas el mismo sentido y el mismo alcance. Habrá que atribuir mucha importancia a esta forma y, si fuere necesario, habrá que insistir con paciencia en su elaboración: y habrá que recurrir a un modo de presentar las cosas que corresponda más a un magisterio cuyo carácter es prevalentemente pastoral".

3. En esta perspectiva pastoral los padres del Concilio se esforzaron en orientar los propios trabajos, ofreciendo a la Iglesia un grandioso cuerpo de doctrina que toca un poco todos los aspectos de la vida cristiana y eclesial, proyectando así nueva luz sobre las verdades perennes del misterio cristiano.

Fue maravillosa la riqueza de factores que concurrieron en los trabajos y en la elaboración de este Concilio: 2.860 padres participaron en él representando a las Iglesias entonces esparcidas por todas las partes de la tierra.

También quisieron participar en este acontecimiento otras Iglesias cristianas y Comuniones eclesiales, enviando a sus observadores.

No faltó una presencia del laicado católico mediante una significativa representación de auditores y auditoras.

Un gran número de expertos, alrededor de 400 teólogos, aportó su válida colaboración en la profundización de los problemas y en la elaboración de los documentos. El Concilio pudo de este modo realizar un inmenso trabajo de reasumir el patrimonio doctrinal anterior y, al mismo tiempo, trazó sobre la base de ese patrimonio, un vasto programa de puesta al día, que se refiere casi a todos los campos del comportamiento cristiano, tanto a nivel personal como a nivel comunitario. De modo que el conjunto de las enseñanzas del Concilio, rectamente entendido e interpretado en el contexto del Magisterio anterior, puede considerarse acertadamente el programa de acción para el cristiano de nuestro tiempo.

No es éste el momento de intentar una síntesis, aunque sea únicamente aproximativa de tanta riqueza. Por lo demás ya se dedicó a esta tarea, en cierto sentido, el Sínodo Extraordinario convocado en 1985, con motivo del vigésimo aniversario de la clausura del Concilio.

4. Es una coincidencia significativa el que la liturgia de hoy hable de un rey que preparó un banquete para su hijo.

Efectivamente, en ese banquete podemos encontrar una analogía de la Asamblea conciliar. La diferencia está en que los invitados al Concilio vinieron a gusto,

Participando con ganas en ese especial "banquete" del Hijo de Dios, el cual quiere estar presente, por medio del poder del Espíritu Santo, en la comunidad de sus obispos, Pastores de la Iglesia.

Y además, ¿acaso uno de los puntos principales de la enseñanza conciliar no fue doctrina de una grandiosa exaltación del hombre en Cristo? ¿O —podríamos decir— de una especial "realidad" del hombre?

¡Cuán elocuentemente da testimonio de ello la Constitución dogmática *Lumen gentium*! "Cristo —dice—, habiéndose hecho obediente hasta la muerte y habiendo sido por ello exaltado por el Padre (cf. Flp 2, 8-9), entró en la gloria de su reino. A El están sometidas todas las cosas, hasta que El se someta a Si mismo y todo lo creado al Padre, a fin de que Dios sea todo en todas las cosas (cf. 1 Cor 15, 27-28). Este poder lo comunicó a sus discípulos para que también ellos queden constituidos en soberana libertad, y por su abnegación y santa vida venzan en sí mismos el reino del pecado (cf. Rom 6, 12). Más aún para que, sirviendo a Cristo también en los demás, conduzcan en humildad y paciencia a sus hermanos al Rey, cuyo servicio equivale a reinar. También por medio de los fieles laicos el Señor desea dilatar su reino: reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz. Un reino en el cual la misma creación será liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios (cf. Rom 8, 21)" (n. 36).

Por lo tanto, realmente "el reino de los cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo" (Mt 22, 2).

Y los fragmentos aducidos por la Constitución *Lumen gentium* se aplican de modo particular al Sínodo, que dedica su atención principal a la vida y a la vocación de los laicos en la Iglesia.

5. En este domingo deseamos, pues, dar gracias al Señor, Buen Pastor, por la obra desarrollada por el Vaticano II, que se inauguró hace 25 años.

A lo largo de estos años la Iglesia, y en ella cada una de las comunidades, han vivido también muchas pruebas. Algunos fieles han tenido que "caminar por cañadas oscuras" (cf. Sal 22/23, 4), en medio de distintas tribulaciones que han podido suscitar en sus espíritus sentimientos de temor y preocupación.

Sin embargo dice el Salmista: "Nada temo porque Tú vas conmigo" (ib.).

Y el Apóstol vuelve a tomar el mismo pensamiento, cuando escribe en la Carta a los Filipenses: "Todo lo puedo en Aquel que me conforta" (4, 13).

Y en las palabras que siguen expresa aún más plenamente su total confianza en el Señor, cuando escribe:

"Dios proveerá a todas vuestras necesidades con magnificencia, conforme a su riqueza en Cristo Jesús" (Fil 4, 19).

Realmente, queridos hermanos y hermanas, hace falta que la Iglesia postconciliar se convierta, cada vez más, en comunidad que vive una confianza total, a ejemplo del Salmista, a ejemplo del Apóstol.

6. No podemos dejar de traer a nuestra memoria otra circunstancia. El día de la inauguración del Concilio Vaticano II, el 11 de octubre de 1962, era, según el calendario litúrgico de aquel entonces, la fiesta de la Maternidad de María. En la actualidad, esta solemnidad se celebra el 1 de enero como octava de Navidad.

No olvidemos aquella fiesta litúrgica, considerando también que este XXV aniversario cae en el Año Mariano.

Por lo demás, ¿acaso el Concilio no ha enriquecido nuestra mariología con un

espléndido capítulo sobre la Madre de Dios presente constantemente en el misterio de Cristo y de la Iglesia?

¿Quién es esa "bienaventurada que ha creído" (cf. Lc 1, 45) y que precede a todo el Pueblo de Dios en la peregrinación de la fe? (cf. *Lumen gentium*, 58, 63).

Es Ella la Madre de Nuestro Señor y Madre de la Iglesia: ¿acaso María no estuvo presente y fue asidua en la oración desde el primer día de la asamblea conciliar —en este cenáculo "vaticano" de los nuevos tiempos—, así como lo fue con los Apóstoles en el Cenáculo de Jerusalén en el momento de la venida del Consolador, el Espíritu de Verdad?

Las analogías son incluso demasiado elocuentes.

7. Al terminar esta meditación en la misma Basílica Vaticana que fue testigo, hace ahora 25 años, del comienzo del Concilio, expreso —con las palabras de la liturgia de hoy— este ferviente deseo dirigido a todos los presentes y a todos los que constituyen la primera generación postconciliar de los discípulos de Cristo:

"Que el Padre de Nuestro Señor Jesucristo ilumine los ojos de nuestra mente para que podamos conocer cuál es la esperanza de nuestra llamada" (Canto para el Evangelio; cf. Ef 1, 17-18).

Sí. El Señor es el verdadero Pastor.

El Señor es nuestro Pastor. Amén.

EL SACRAMENTO DE LA MISION

HOMILIA

"Llamando a los Doce... Jesús los envió".

1. Se renueva hoy, en esta basílica de San Pedro, la escena evangélica que acabamos de escuchar. La revivimos todos con íntima emoción y con plena gratitud hacia el Señor, presente aquí como en el momento en que reunió en torno a Sí a los Doce para enviarlos a su primera misión y darles las normas de comportamiento pastoral que el Evangelista Mateo nos presenta en la escena que sigue a la que acabamos de leer.

La revivimos nosotros, obispos de la Iglesia de Dios, que encontramos

en ella el origen de este ministerio que, por su misericordia divina, se nos ha confiado para continuar en el mundo, mediante el triple *munus*, la obra encomendada al Colegio Apostólico.

La reviven los sacerdotes y los laicos, a los que la fe hace ver presente en medio de ellos, en la persona de los obispos, al mismo Señor Jesucristo, Sumo Pontífice (cf. *Lumen gentium*, 21). Y que expresan este convencimiento con el amor, con la obediencia y con la colaboración.

La revives tú, y la revivirás por siempre, querido hermano Giovanni

Battista, que hoy, con el rito de la Ordenación episcopal, eres llamado también tú más cerca de Jesús, de un modo particular, personal, y por El eres enviado como Pastor a predicar su Evangelio, a ser testigo de su Verdad y de su vida.

"Llamando a los Doce... Jesús los envió".

También a ti esta tarde Jesús te llama para ser ya por siempre su apóstol, y te envía entre los hermanos con su misma *exousia*, con su mismo Poder.

2. "Llamando a los Doce...".

El sacramento del episcopado es ante todo misterio de intimidad con Cristo: "Llamó a los que quiso, nombrando a Doce que estuvieran con El", comenta el Evangelista Marcos, refiriendo el mismo episodio. Y, antes de la pasión, en la efusión afectuosa de los sentimientos de su Corazón, en la última Cena, cuando Jesús instituyó la Eucaristía y el sacerdocio, dirigió a los Doce aquellas palabras, que cada uno de nosotros no se cansa nunca de meditar una y otra vez: "Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor; a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer" (Jn 15, 15). Es el culmen de esta aventura terrena, que unió fuertemente a aquellos hombres con Jesús desde el momento mismo en que los llamó de las ocupaciones de la vida cotidiana para que lo siguieran, los quiso tener consigo día y noche, exigiéndoles un desapego absoluto de todo vínculo terreno, incluso de la familia, los instruyó incansablemente, los encaminó a las primeras experiencias de la predicación, los introdujo en el conocimiento de los misterios del reino de los cielos (cf. Mt 13, 11; Mc 4, 11; Lc 8, 10).

El Evangelio proclamado hoy, que marca el comienzo oficial de esta relación de amistad y de intimidad, presenta a los Apóstoles, uno a uno, como llamados por su nombre: en realidad, esta llamada, personal e irreplicable, que ha llegado y sigue llegando, a través del tiempo, a todas las vocaciones sacerdotales y religiosas, masculinas y femeninas, asume para los Apóstoles y sus sucesores una relevancia única. Cristo se identifica en cierto modo con ellos, porque, por medio de ellos, continúa y prolonga su propia misión. La Constitución dogmática *Lumen gentium* lo ha dicho estupendamente: "Porque, sentado a la diestra del Padre, no está ausente de la congregación de sus pontífices, sino que, principalmente a través de su servicio eximio, predica la Palabra de Dios a todas las gentes y administra continuamente los sacramentos de la fe a los creyentes, y por medio de su oficio paternal (cf. 1 Cor 4, 15) va congregando nuevos miembros a su Cuerpo con regeneración sobrenatural; finalmente, por medio de su sabiduría y prudencia dirige y ordena al Pueblo del Nuevo Testamento en su peregrinación hacia la eterna felicidad" (*Lumen gentium*, 21).

El obispo, en cuya persona Jesús se hace presente en la Iglesia, debe ser por ello el amigo íntimo de Jesús: debe elevar a El, día y noche, el corazón apasionado y las manos extendidas en la oración y en el ofrecimiento, debe encontrar en El todo bien, porque, como hemos cantado en el Salmo responsorial:

"El Señor es mi pastor, / nada me falta: / en verdes praderas me hace recostar; / me conduce hacia fuentes tranquilas... / Aunque camine por cañadas oscuras, / nada temo, porque tú vas conmigo... / Y habitaré en la casa del Señor / por años sin

término".

3. Jesús los envió".

El episcopado, lo sabemos bien, es el sacramento de la misión. "Id y enseñad a todas las gentes", hemos cantado en la aclamación del Evangelio: como Cristo es el enviado del Padre, así los Apóstoles son los enviados de Cristo (cf. Jn 20, 21); y los obispos, sucesores de los Apóstoles, se colocan por derecho divino en la continuidad, en el surco de esta misión que se remonta directamente a Cristo y, mediante El, al Padre. Ellos se hallan insertos en esa trayectoria misteriosa, que, partiendo del corazón del Padre con la venida a la tierra de su Verbo, vuelve a El en Cristo Resucitado que le presenta los trofeos de la humanidad redimida. Del Padre, por el Hijo, en la Iglesia; de la Iglesia, por Cristo, al Padre. En el abrazo del Espíritu Santo.

Los obispos, por tanto, son enviados en virtud de este designio de amor que tiene por objeto a los hombres; enviados para el triple servicio del magisterio, de la santificación y de la guía de todo el Pueblo de Dios; enviados como Cristo que, en la sinagoga de Nazaret, hizo suya la profecía de Isaías sobre el Siervo Yavé, que hemos escuchado hoy en la primera lectura:

"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido" (Is 61, 1).

—Enviados para enseñar:

"Me ha enviado para dar la Buena Noticia a los que sufren... para proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad; para proclamar el año de gracia del Señor" (Is 61, 1 s.).

Y Pablo nos ha dicho en la segunda lectura: "No adulterando la Palabra de Dios, nos recomendamos delante de Dios a la conciencia de

todo hombre. Porque no nos predicamos a nosotros, predicamos que Cristo es Señor" (2 Cor 4, 2. 5).

—Enviados para santificar:

Como nuevamente Pablo subraya: "Encargados de este servicio por la misericordia de Dios, no nos acobardamos... El Dios que dijo: 'Brille la luz del seno de la tiniebla', ha brillado en nuestros corazones, para que nosotros iluminemos, dando a conocer la gloria de Dios, reflejada en Cristo" (cf. 2 Cor 4, 1. 6).

—Enviados para regir y guiar al Pueblo de Dios, también según las palabras del Siervo de Yavé:

"Me ha enviado... para vendar los corazones desgarrados... para consolar a los afligidos... Se les llamará robles de justicia, plantación del Señor para manifestar su gloria" (Is 61, 1. 3).

El triple *munus* se ejerce únicamente en función del servicio, con el fin de hacer perfecto al Pueblo de Dios, con la colaboración de los hermanos presbíteros, y presentarlo a Dios como ofrenda pura y santa. El obispo no vive para sí, sino que vive para los demás; como el Siervo de Yavé, como el Cristo que carga con la cruz sobre la que grava el peso de los pecados del mundo, el obispo no piensa en sí mismo, no se busca a sí mismo, sino que se da, se hace todo para todos (cf. 1 Cor 9, 22), conformado, más aún, identificado con Jesús, Sacerdote Eterno, para amar a la Iglesia, para servirla, para ser en ella maestro, santificador, pastor.

4. A esto estás destinado ahora, querido hermano Giovanni Battista. Llamado a una mayor intimidad con Jesús; enviado directamente por El, como El ha sido enviado por el Padre.

Tú amas a Cristo y a la Iglesia, como has dado prueba constante en los años de joven sacerdote, en la

diócesis de Brescia, de servidor de la Santa Sede en las Nunciaturas Apostólicas en Panamá e Irán, y en la Secretaría de Estado, como Asesor diligente y generoso en la misma, durante un intenso período de colaboración, con la que me he podido alegrar por la fidelidad, la eficacia y el espíritu de sacrificio.

Ahora te he destinado al cargo de Secretario de la Congregación para los Obispos: es el dicasterio que tiene como misión principal colaborar con el Sucesor de Pedro, presentando para su elección a los candidatos al Episcopado, como los describe para la Iglesia universal el Concilio Vaticano II. La meditación que esta tarde nos ha ofrecido la liturgia de la Palabra, es un programa que se propone también a este dicasterio. Serás colaborador en esta gran tarea: ayudar al Papa a dar a la Iglesia obispos santos, a los que Cristo mismo confía, como dice el Concilio, el "mandato y poder para enseñar a todas las gentes para que santifiquen a todos los hombres en la verdad y los apacienten... (como) verdaderos y auténticos maestros de la fe, pontífices y pastores" (*Christus Dominus*, 2).

El Señor estará cerca de ti en tus nuevas tareas. Se lo pedimos insistentemente para ti, nosotros aquí presentes en esta basílica. Se lo piden tus antiguos y nuevos colaboradores. Se lo piden los tuyos y los peregrinos de

tu diócesis natal de Brescia, tierra de grandes y arraigadas tradiciones cristianas en el campo eclesial y en el apostolado seglar. A todos los saludo, junto con el obispo mons. Foresti, feliz de que puedan participar en este acontecimiento, que da nuevo esplendor a aquella histórica Iglesia local.

5. "Llamando a los Doce... , Jesús los envió".

Cristo continúa llamando a los obispos a su intimidad y sigue enviándolos al mundo. El, que no abandona nunca a su Iglesia, asocia ahora más estrechamente a la propia misión salvadora a un nuevo miembro del Colegio Episcopal.

Invoquemos al Espíritu, para que lleve a cumplimiento este gran don suyo; invoquemos a María Santísima, que en este Año Mariano brilla más espléndida, como *Estrella del tercer milenio*, para preceder a la Iglesia en el camino de la fe: invoquemos a todos los Santos.

La gracia de la ordenación episcopal va a ser derramada en el corazón de nuestro hermano. Jesús lo llama, Jesús lo envía. Jesús nos llama, Jesús nos envía.

"Este tesoro lo llevamos en vasijas de barro" (2 Cor 4, 7).

¡Ven Señor Jesús!

"No temo, porque Tú vas conmigo". Amén, amén.

DISCURSO

AL CUERPO DIPLOMATICO ACREDITADO ANTE LA SANTA SEDE

LAS COORDENADAS DE LA PAZ SEGUN EL "ESPIRITU DE ASIS"

Excelencias, Señoras, Señores:

Comunidad de pueblos y naciones para el bien común de todos

1. Los deseos que acaba de expresar en nombre de todos vuestro Decano, el Excelentísimo Señor Embajador Joseph Amichia, constituyen un testimonio conmovedor y cada vez más apreciado de un diplomático atento a los esfuerzos de la Santa Sede y comprometido con ella en la búsqueda de las mejores soluciones para los grandes problemas del mundo. Le doy las gracias vivamente, y doy las gracias a todos los miembros del Cuerpo Diplomático que han querido asociarse a esta solicitud.

Me alegro de reunirme con vosotros en el umbral de un año nuevo, por el que yo mismo os doy mis *felicitaciones cordiales*, para cada una de vuestras personas, para vuestras familias, para los países que representáis. He visitado un buen número de estos países, que se me han hecho así más familiares, pero todos pueden estar seguros que encuentran aquí la misma consideración. Cada una de vuestras naciones cuenta mucho a los ojos de la Santa Sede, no sólo a causa de su cultura ancestral, de sus realizaciones o de sus capacidades, sino ante todo porque constituye una comunidad humana, a la que deseo su plena expansión y desarrollo, con un puesto plenamente reconocido en el seno de la gran familia de los pueblos. Deseo que también aquí los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante esta instancia espiritual, que es la Sede Apostólica, manifiesten entre sí una acogida mutua con respeto y solidaridad, y participen a su vez en la búsqueda del bien común de todos: la paz. Saludo especialmente a los Embajadores que asisten por primera vez a esta ceremonia de felicitación, sobre todo si dan comienzo a la Representación de su país ante la Santa Sede. Y me alegro también de saludar a todos juntos y a los miembros de vuestras Embajadas que os acompañan.

Los problemas mundiales de la hora presente

2. Vuestro portavoz, después de haber evocado con simpatía algunas actividades importantes de mi pontificado a lo largo del pasado año, ha subrayado justamente algunos puntos neurálgicos de la vida del mundo actual que requieren urgentemente un progreso y una esfuerzo concertado de los pueblos: la injusticia de la discriminación racial, la situación peligrosa creada por la acumulación o el comercio de ciertas armas, el endeudamiento de algunos países pobres, la plaga de la droga, el terroris-

mo. Tantas interpelaciones, que, entre otras cosas, conmueven el corazón de todo hombre clarividente, apasionado por la paz, y que la Santa Sede escucha también, intentando aportar a esta causa su testimonio y su contribución.

Vuestros Gobiernos, y vosotros mismos como diplomáticos, desplegáis una acción cuya razón de ser y nobleza consiste en hilvanar lazos de paz entre las naciones, en hacer valorar y defender lo que os parece justo para vuestros países, en escuchar y comprender las exigencias de los demás, en hacer converger puntos de vista, en luchar juntos contra lo que amenaza y degrada las relaciones humanas y la dignidad de la vida. ¿Hace falta que os diga, Excelencias, que la Santa Sede, siendo miembro de la Comunidad Internacional y habiendo establecido con vuestros países relaciones diplomáticas, está siempre dispuesta a jugar su papel en este sentido, interesándose por vuestros esfuerzos, animándolos, participando en ellos, y a veces suscitándolos?

Pero vosotros sabéis también que la Santa Sede es ante todo y esencialmente una institución religiosa, llamada a abordar los problemas de la paz en su dimensión espiritual y ética. Con este espíritu, tomé la iniciativa de una reunión de Jefes religiosos invitándolos a Asís el 27 de octubre pasado. El Excelentísimo Señor Decano, por otra parte, ha señalado este hecho como lo más característico de este año. Hoy, también quisiera detenerme en este acontecimiento, para considerar con vosotros la importancia que reviste, no sólo con miras a un diálogo entre las religiones, sino también para la realización en profundidad de la justicia y la paz que es deber nuestro promover.

El acontecimiento de Asís: la oración, medio y camino para conseguir la paz

3. Ciertamente la reunión en Asís de los responsables y representantes de las Iglesias o Comunidades eclesiales cristianas y de las Religiones del mundo tuvo un carácter fundamental y exclusivamente religioso.

No se trataba de discutir ni de decidir iniciativas concretas o planes de acción que podrían parecer útiles o necesarios para asegurar la paz. Y repito que esta elección deliberada de ceñirse a la oración no disminuye en nada la importancia de todos los esfuerzos emprendidos por los políticos y los Jefes de Estado para mejorar las relaciones internacionales. Pero la iniciativa de Asís debía excluir toda posibilidad de explotación en favor de un proyecto político determinado.

En definitiva, la Iglesia católica, las demás Iglesias y Comunidades eclesiales y las Religiones no cristianas, respondiendo por su parte a la decisión de la ONU de designar 1986 como "Año de la Paz", quisieron hacerlo hablando su propia lengua, abordando la causa de la paz en la dimensión que es esencial para ellas: la dimensión espiritual. Y más exactamente, mediante la oración, acompañada del ayuno y de la peregrinación.

Por lo que se refiere a los representantes de las grandes Religiones, no se trataba ya ciertamente de negociar convicciones de fe para llegar a un consenso religioso sintetizado. Sino de dirigirnos juntos, de forma desinteresada, hacia el objetivo capital de la paz entre los hombres y entre los pueblos o, mejor, dirigirnos unos y otros a Dios para implorar de El este don. La oración es el primer deber de los hombres religiosos, su expresión típica.

Al hacer esto, los representantes de estas Religiones mostraron también su preocupación por el bien primordial de los hombres. Manifestaron el lugar irremplazable

ble que el sentido religioso conserva en el corazón del hombre de hoy. Aunque desgraciadamente, la religión ha sido a veces ocasión de divisiones, el encuentro de Asís expresó una cierta aspiración común, la llamada de todos a caminar hacia un solo fin último, Dios: las personalidades que estaban allí presentes afirmaron su intención de realizar ahora un papel decisivo en la construcción de la paz mundial.

La paz, un don de Dios y un bien de orden racional y moral

4. Algunos diplomáticos quizá se preguntarán: ¿Cómo puede la oración por la paz promover la paz?

Y es que la paz es antes que nada un don de Dios. Dios es quien la construye, porque es El quien da a la humanidad toda la creación para que la administre y la desarrolle de forma solidaria. El es quien inscribe en la conciencia del hombre unas leyes que le obligan a respetar la vida y la persona de su prójimo: no deja de llamar al hombre a la paz y es el garante de sus derechos. Quiere una convivencia de los hombres que sea la expresión de las relaciones mutuas fundadas sobre la justicia, el respeto y la solidaridad. El les ayuda también interiormente a realizar la paz o a encontrarla, por medio de su Espíritu Santo.

Considerada por parte del hombre, la paz es también un bien de orden humano, de naturaleza racional y moral. Es el fruto de voluntades libres, guiadas por la razón hacia el bien común que hay que lograr. En este sentido, la paz parece hallarse al alcance del hombre bien educado y maduro que reflexiona sobre los medios para vivir —en la verdad, la justicia y el amor— una amplia solidaridad, que contrasta con la "ley de la jungla", la ley del más fuerte. Pero precisamente por eso no se ve cómo este orden moral podría hacer abstracción de Dios, fuente primera del ser, verdad esencial y bien supremo. La oración es la forma de reconocer humildemente esta Fuente y de someterse a ella. Lejos de suprimir la responsabilidad del hombre, la despierta. La experiencia muestra que allí donde el hombre ha creído oportuno desligarse de Dios, durante algún tiempo puede conservar los ideales de verdad y de justicia, inherentes a su naturaleza racional, pero corre el riesgo de apartarse de ellos interpretándolos según el capricho de sus intereses inmediatos, de sus deseos, de sus pasiones.

Sí, la historia atestigua que los hombres abandonados a sí mismos tienden a seguir sus instintos irracionales y egoístas. Y así experimentan que la paz supera las fuerzas humanas. Porque necesita un aumento de luz y de fuerza, una liberación de las pasiones agresivas, un compromiso perseverante para construir juntos una sociedad, mirar hacia una comunidad mundial, fundada sobre el bien común en todos y cada uno. La referencia a la verdad de Dios da al hombre el ideal y las energías necesarias para superar las situaciones de injusticia, para liberarse de ideologías de dominación y de odio, para emprender un camino de verdadera fraternidad universal.

La actitud religiosa libera al hombre poniéndolo en contacto con la trascendencia. Y a los que creen en un Dios personal, todopoderoso, amigo del hombre y fuente de la paz, la oración se les manifiesta como verdaderamente necesaria para implorar de El la paz que ellos no pueden darse a sí mismos: la paz entre los hombres, que nace en la conciencia de los hombres.

La plegaria cambia el corazón humano

5. La oración auténtica cambia también el corazón del hombre. Dios sabe bien lo que nos hace falta. Si nos invita a pedir la paz, es que este acto humilde transforma

misteriosamente a las personas que rezan y las pone en el camino de la reconciliación, de la fraternidad.

Efectivamente, el que reza a Dios con sinceridad, como nosotros hemos intentado hacerlo en Asís, contempla la armonía querida por Dios creador, el amor que hay en Dios, el ideal de paz entre los hombres, ese ideal que San Francisco encarnó de manera incomparable. Por todo ello da gracias a Dios. Tiene presente que la familia humana es una en su origen y en su fin, que viene de Dios y vuelve a Dios. Sabe que cada hombre, cada mujer, lleva en sí la imagen de Dios, a pesar de los límites y las derrotas del espíritu humano tentado por el espíritu del mal. El que acepta la Revelación cristiana va más lejos en esta contemplación: sabe que Cristo se ha unido de alguna manera a todos los hombres, los ha redimido, los ha hecho hermanos y ha reunido en Él a los hijos de Dios dispersos. El hombre que reza se siente, pues, en unidad profunda con todos los que buscan en la religión valores espirituales y trascendentes como respuesta a los grandes interrogantes del corazón humano.

Además, mirándose a sí mismo, reconoce sus prejuicios, sus fallos, sus fracasos; ve fácilmente cómo el egoísmo, la envidia, la agresividad, en él y en los demás, son los verdaderos obstáculos a la paz. Por eso pide perdón a Dios y a sus hermanos, ayuna, hace penitencia, busca la purificación.

Y comprende finalmente que no puede implorar la paz si permanece con los brazos cruzados. Su oración expresa su voluntad de trabajar para superar estos obstáculos, tomando un compromiso resolutivo para la realización de la paz.

Estos son los beneficios que la oración lleva consigo. ¿Acaso no es esto lo que se expresó a través de todas las oraciones hechas en Asís? Ninguna justificación de sí, ninguna defensa de una ideología, ninguna aceptación de la violencia desviaron estas oraciones de su finalidad: la búsqueda de la paz tal como Dios la quiere. Los hombres que rezan son o se hacen artífices de la paz. Ya no pueden aceptar ni volver a tener comportamientos de injusticia o de odio en relación a sus semejantes sin una flagrante contradicción. Ciertamente, esta contradicción puede surgir siempre, porque las tentaciones continúan. Por eso, en Casablanca, imploraba a Dios: "No permitas que invocando tu nombre justifiquemos los desórdenes humanos". Esto constituiría el signo de que la oración no había sido suficientemente profunda, suficientemente auténtica, suficientemente prolongada, de que el fanatismo la había desnaturalizado e instrumentalizado. Pero en sí, de hecho, la actitud auténtica de la oración pone en el camino de la verdadera paz, porque significa y entraña la conversión del corazón.

Valores espirituales y puntos convergentes de las diversas religiones

6. Al manifestar que la paz y la religión van juntas, el acontecimiento de Asís ha puesto de relieve que la paz es fundamentalmente de naturaleza ética. Yo lo recordé en aquella ocasión ante mis hermanos y hermanas de todas las religiones: "En la gran batalla en favor de la paz, la humanidad, con su gran diversidad, debe sacar su motivación de las fuentes más profundas y más vivificantes en las que se plasma su conciencia y sobre las que se funda la acción moral de toda persona" (primera alocución, n. 2). Un elemento común a todas las religiones, además de la convicción primordial de que la paz supera los esfuerzos humanos y ha de buscarse en la Realidad que está más allá de todos nosotros, es efectivamente "un profundo respeto y obediencia a la conciencia que nos enseña a todos a buscar la verdad, a amar y a servir a todas las personas y a todos los pueblos", a respetar, proteger y promover la vi-

da humana, a superar el egoísmo, la codicia, el espíritu de venganza (cf. Discurso final en Asís, nn. 2 y 4). Es decir, que la Iglesia católica reconoce los valores espirituales, sociales y morales que se encuentran en las religiones. En mi viaje a India, subrayé el valor de la enseñanza del Mahatma Gandhi sobre "la supremacía del espíritu y el *satyagraha*, la 'verdad-fuerza' que conquista sin violencia, por el dinamismo intrínseco a la acción justa" (Discurso del 1 de febrero de 1986 en Raj Ghat, n. 2). Ante los jóvenes musulmanes en Casablanca, recordé que al invocar a Dios, "tenemos que respetar a todo ser humano y amarlo como amigo, compañero y hermano" (19 de agosto de 1985, n. 2). En la Sinagoga de Roma, subrayé que "judíos y cristianos son depositarios y testigos de una ética marcada por los diez mandamientos, en cuya obediencia el hombre encuentra su verdad y su libertad", haciendo notar que "Jesús llevó hasta las extremas consecuencias el amor pedido en la Tora" (13 de abril de 1986, nn. 6 y 7).

Las religiones dignas de este nombre, las religiones abiertas de las que hablaba Bergson —que no son simples proyecciones de los deseos del hombre, sino una apertura y una sumisión a la voluntad trascendente de Dios, la cual se impone a toda conciencia—, permiten instaurar la paz. Y asimismo las filosofías que reconocen que la paz es un hecho de orden moral: muestran la necesidad de superar los instintos, afirman la igualdad radical de todos los miembros de la familia humana, la dignidad sagrada de la vida, de la persona, de la conciencia, la unidad de la familia humana que requiere una verdadera solidaridad.

Sin el respeto absoluto del hombre, fundado en una visión espiritual del ser humano, no existe paz. Este es el testimonio de Asís. Lo dieron los representantes de las religiones ante el mundo, para que el mundo encuentre en ello una luz, un apoyo. Yo deseo que esta convicción inspire también vuestra actuación de diplomáticos.

Los derechos del hombre y los derechos de las naciones: totalitarismo y democracia

7. Concretamente, el respeto del hombre pasa por el respeto de sus derechos fundamentales. A la pregunta capital: "¿Cómo mantener la paz?", hay que responder: "En el marco de la justicia entre las personas y entre los pueblos". Hoy tenemos la suerte de ver los derechos del hombre cada vez más definidos y cada vez más firmemente reivindicados: derecho a la vida en todos los estadios de su desarrollo; derecho a la consideración, cualquiera que sea la raza, el sexo, la religión; derecho a los bienes materiales necesarios para la vida; derecho al trabajo y a la repartición equitativa de los frutos del trabajo; derecho a la cultura; derecho a la libertad del espíritu, de la creatividad; derecho al respeto de la conciencia, y especialmente a la libertad de la relación con Dios.

Y no hay que olvidar los derechos de las naciones a conservar y a defender su independencia, su identidad cultural, la posibilidad de organizarse socialmente, de gestionar sus asuntos y de decidir su destino libremente, sin estar a merced, directa o indirectamente, de poderes extranjeros. Vosotros conocéis como yo los casos en los que este derecho es violado de forma manifiesta.

Expresión de estos derechos son las exigencias de la dignidad del hombre. Elaborados sobre todo en Occidente por conciencias que habían sido formadas por el cristianismo, se han hecho patrimonio de toda la humanidad, y son reivindicados en todas las latitudes. Pero, al mismo tiempo que una reivindicación, constituye un deber para las personas y para los Estados crear las condiciones que aseguren su ejercicio. Los países que quieren sustraerse a estos deberes, bajo diversos pretextos —con-